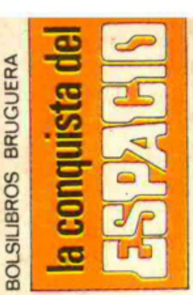
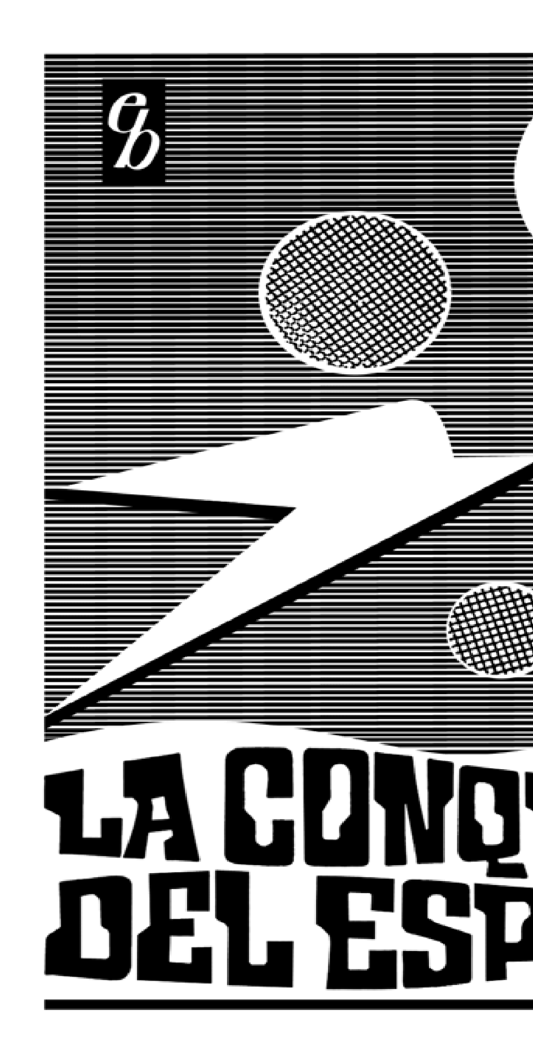


ENERGÍA TOTAL

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



CLARK CARRADOS

ENERGÍA TOTAL

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 379
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 35.193 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: NOVIEMBRE, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

CAPITULO PRIMERO

Confieso que cuando mi jefe me encomendó la misión, lo primero que pensé, y por supuesto, expresé en voz alta, era que yo no servía para el caso.

—¿Por qué, Clark? —me preguntó Everett K. Dickson-Ball, director de la *Tri-Gálactic Magazine & News,* una de las más acreditadas revistas, en la que yo tenía una sección fija.

Mencioné un par de nombres de redactores que lo harían mejor que yo.

—No es falsa modestia —añadí. Lo digo sinceramente, jefe.

—Clark, usted se infravalora. Esas personas a las cuales ha citado, tienen ideas preconcebidas sobre el caso. Incluso lo juzgaron y lo sentenciaron antes de que se realizase. Después de ejecutado con pleno éxito, apenas si han vuelto a escribir unas cuantas líneas sobre el particular. Claro que a nadie le agrada admitir el fracaso de sus vaticinios, lo cual es muy humano, pero, precisamente por lo mismo, por sus ideas sobre este asunto, no conseguirían el reportaje que yo espero, que la revista necesita y que nuestros cientos de millones de telelectores acogerían con enorme interés.

—Jefe, desde su regreso, Alban St. Mark no ha concedido una sola entrevista. Ni radio, ni televisión, ni revistas de ninguna clase, impresas o televisadas... ¿Cómo cree que va a recibirme a mí? ¿Acaso piensa que me bastará enviarle mi tarjeta de visita por uno de sus sirvientes?

—Todo lo que usted dice es cierto —convino Dickson-Ball—. St. Mark no ha concedido ninguna entrevista desde su regreso a Phoebus I. Pero alguno tiene que ser e! primero y ése será usted. - Me permití sonreír, escéptico.

—Admiro su optimismo, jefe —manifesté—. Si usted me manda, iré; pero no culpe luego a nadie del fracaso. Aunque consiguiera la entrevista, insisto en que ésa no es mi especialidad. Yo no lograría dar al relato el interés, la amenidad y la emoción que esperan nuestros lectores...

—Clark, lo que nuestros lectores esperan es conocer el relato de las aventuras de St. Mark en Phoebus I. ¿Sabe usted la revolución que está causando en el planeta el *T-Energium?* ¿Sabe que a Mark le fue encomendada la importación de sólo cuatro metros cúbicos de ese mineral y que él consiguió, ignoramos los procedimientos, nada menos que cuarenta metros cúbicos? ¿No se da cuenta de que los lectores quieren saber cómo consiguió esa fabulosa cantidad de *T-Energium?* ¿Es que no siente interés usted mismo por saber cómo Alban St. Mark logró derrotar a los esbirros de la poderosa WOPAEC, los cuales

estaban dispuestos a impedir, por todos los medios, la importación del *T-Energium* a nuestro planeta?

Empecé a sentirme débil. A fin de cuentas, yo también abrigaba una moderada curiosidad por conocer detalles de la vida y milagros del fantástico Alban St. Mark, el agente especial del Gobierno Mundial enviado en busca del preciado mineral que iba a salvar a la Tierra de su autodestrucción. Las primeras centrales alimentadas con *T-Energium* estaban ya en funcionamiento, con pleno éxito y absolutamente nula acción contaminante, en todos los sentidos: atmosférica y radiactiva. El *T-Energium* era la fuente de energía más limpia que hubiera conocido el hombre jamás.

—Pero no sé siquiera dónde vive... —alegué desesperadamente.

—St. Mark reside en una finca propiedad suya, situada a doscientos veinte kilómetros de la capital. La compró a los pocos días de su regreso de Phoebus I. Es una posesión extensísima, pero fuertemente amurallada. Nadie ha, conseguido penetrar en su interior. Tiene anuladores automáticos de toda clase de imágenes que quieran tomarse desde el aire: lo mismo cámaras de televisión que las cinematográficas, quedan «ciegas» por sus perfeccionados sistemas de defensa, inofensivos para las personas, por supuesto. En cuanto a la muralla que cierra la propiedad, es intraspasable...

Fruncí el ceño.

—Jefe, diríase que St. Mark teme a algo o a alguien —exclamé.

—En efecto. Teme a dos cosas: la intromisión en su vida privada... y una posible venganza por parte de la WOPAEC.

—Todavía no le han perdonado la derrota, ¿eh?

—Siempre hay gentes resentidas en este cochino mundo —contestó mi jefe filosóficamente—. Bien, Clark, ¿Acepta? Puede ser la ocasión de su vida...

—Me ha dado muchos detalles de la finca de St. Mark, pero no me ha dicho siquiera dónde está —respondí.

—Está en Green Creek Canyon... y si algo le envidio a ese hombre no es su juventud ni su apostura física, sino la propiedad —declaró Dickson-Ball con sinceridad—. Lo que no comprendo, sin embargo, es de dónde sacó el dinero para comprar esa media docena de kilómetros cuadrados de terreno. Tenía un buen sueldo, pero aun con ello y contando las primas y recompensas que obtuvo por la importación del *T-Energium,* no pudo reunir la suma necesaria para la adquisición de las tierras. Ese es otro punto que convendría aclarar,

pero no es tan estrictamente necesario como conocer sus aventuras en Phoebus I y la argucia que empleó para traer una cantidad de *T-Energium* cinco veces superior a la que se precisa. Clark, sea imaginativo, consiga el reportaje... y un día ocupará mi puesto en la revista.

Miré a mi jefe. Empezaba ya a engordar y se le clareaban las sienes. Yo tenía casi treinta años menos que él y conservaba todo mi pelo. Pero el señor Dickson-Ball se conservaba todavía estupendamente. Lo que acababa de decir eran meramente frases de estímulo, para darme ánimos. Claro que, bien mirado, si conseguía el reportaje, mi calificación profesional subiría muchos enteros.

Y, a fin de cuentas, a nadie le amarga un dulce..., aunque, a veces, el camino para conseguirlo sea muy amargo, valga la paradoja.

—Está bien —dije al cabo—. Haré lo que pueda, jefe.

—Voy a darle dos pistas: primero, empiece por saber quién es Alban St. Mark. Segundo, entérese de lo que es el *T-Energium.* Y, finalmente, una orden: vaya a Caja. Cuando llegue allí, el administrador estará advertido y le dará un buen paquete de billetes.

—Gracias, jefe.

* * *

Aquella noche, en mi casa, llevé a la práctica los consejos de mi director. Maniobré en el teclado de mi televisor y solicité al CGI (Centro General de Información), datos sobre Alban St. Mark y el *T-Energium.*

He aquí los resultados, por el orden de consulta:

Alban Emmanuel Richard Saint Mark, agente especial de la División Galáctica del Primer Gobierno Mundial de la Tierra. Edad: 34 años. Soltero. Pelo oscuro, ojos café claro, 192 centímetros de estatura. Profesión actual: retirado.

No era mucho, a decir verdad. En alguna otra parte habría datos infinitamente más valiosos, pero, me imaginé, serían de carácter muy reservado y sólo el interesado podría dármelos..., si conseguía la entrevista.

Respecto al *T-Energium* la información decía que era un mineral que no existía en la Tierra. En estado de pureza absoluta, tenía un color verde transparente, una densidad 3,5 veces la del agua y una inocuidad absoluta expuesto al aire libre. Pero poseía una propiedad curiosísima, que era lo que le

confería su inapreciable valor, más que el oro y el platino y todas las piedras preciosas.

En el vacío, el *T-Energium* liberaba una enorme cantidad de energía, en forma de calor, resultado de su lenta desintegración, cosa que, inexplicablemente, no sucedía cuando ese mineral se hallaba en un ambiente normal, lo mismo al aire libre que dentro de una habitación. Tenía que estar precisamente en una cámara en la que se hubiese hecho el vacío, para que se iniciase el proceso de desintegración con la consiguiente emisión de energía calórica. El *T-Energium* tenía una media vida de cincuenta años. Esto significa que, al cabo de medio siglo, la cantidad de *T-Energium* utilizada, se reduce a la mitad, sin que por ello sus propiedades se vean afectadas. Solamente al cabo de cien años, cuando la cantidad inicialmente empleada se haya visto reducida a una cuarta parte, se reducirá notablemente su potencia energética.

Pero durante un siglo, un decímetro cúbico de *T-Energium,* es decir, tres kilos y medio de dicha sustancia, habrán suministrado la potencia necesaria para producir un megawatio al segundo. Un Mw es un millón de watios, claro.

Por tanto, un decímetro cúbico de T.E, como lo denominaremos de ahora en adelante, producirá 60 Mw por minuto, 3600 por hora y 86.400 al día; y todo ello, sin interrupción, durante cien años... Y si tenemos en cuenta que un metro cúbico tiene mil decímetros cúbicos y que St. Mark se había traído cuarenta metros cúbicos de su expedición a Phoebus I, el resultado nos dará unas cifras verdaderamente mareantes.

Así se comprendía la enemiga de la hasta hace poco tiempo todo poderosa WOPAEC, la empresa que había monopolizado el suministro de energía al planeta. Sencillamente, el viaje de St. Mark a Phoebus I había sido la ruina para la World Power and Energy Corporation (Corporación Mundial de Electricidad y Energía).

Y yo tenía que entrevistar al hombre que había conseguido la derrota de una corporación que, hasta el momento de su viaje a Phoebus I, había sido un segundo gobierno de la Tierra, paralelo al legítimo..., pero, en algunos aspectos, más poderoso y, por supuesto, integrado por personas carentes de escrúpulos.

De repente, se me ocurrió que no estaría mal hacer una consulta de información sobre la WOPAEC. Moví los dedos sobre el teclado y, a los pocos segundos, el CGI me envió la respuesta.

Uno de los datos llamó extraordinariamente mi atención. En el momento actual, la WOPAEC tenía una presidente, cuya fotografía se incluía en la respuesta a mi consulta.

El nombre era Helen Swanlee, rubia, ojos azules, treinta y dos años, muy hermosa y viuda. (Precisamente fue nombrada presidente al quedar viuda de Martin R. Swanlee, hecho acaecido tres años antes.)

Como digo, la señora Swanlee era muy hermosa. No obstante, había en sus facciones cierta expresión de dureza que me hizo pensar mucho. Tal vez, presentí, en el fondo de la enemiga que la WOPAEC tenía contra St. Mark había algo más que causas económicas.

¿Una mujer celosa?

* * *

Al día siguiente, sobrevolé en mi helimóvil por las inmediaciones de la propiedad de St. Mark. Todas las ideas que yo me había hecho sobre el particular quedaban pálidas ante la realidad. Aunque, ciertamente, la enorme muralla que rodeaba la finca estropeaba bastante el paisaje. Supongo, sin embargo, que eso era algo que no se podía remediar, si el dueño quería una intimidad absoluta.

El cañón quedaba más arriba de la finca. Esta se hallaba situada en un sitio algo más llano, por donde corría el arroyo que daba nombre a la zona. La corriente de agua atravesaba la finca casi por el centro. Me pregunté si en los lugares donde era preciso que la muralla tuviese una solución de continuidad para que el arroyo pudiera entrar y salir no resultarían puntos vulnerables para que alguien penetrase en la finca sin permiso de su dueño.

La casa, de planta y primer piso, blanca, con rojo tejado de tejas españolas, estaba hacia el centro, rodeada de prados y jardines, pero medio oculta por los robles, álamos y otras especies arbóreas que abundaban en el lugar. No lejos de la casa, se había construido un pequeño dique, que rebalsaba las aguas del Green Creek, para formar así una bonita cascada y, naturalmente, una hermosa piscina.

En las inmediaciones de la casa no se veía a nadie. Yo me pregunté dónde podría haber instalado St. Mark los amoladores de imágenes. Supuse que un hombre de su ingenio habría situado esos aparatos en lugares no fácilmente visibles ni mucho menos detectables. Pero yo no llevaba cámaras de ninguna clase y ello no era cosa que me preocupase.

En cambio, me preocupaba mucho más la forma de entrar en la propiedad y conseguir la entrevista con el dueño. Había una puerta en la muralla, efectivamente, pero era de buen acero. Blindada, imposible de violar, a menos

que se empleasen algunas toneladas de explosivos o descargas de rayos fundentes. En cuanto a pasar por encima de la tapia, no había ni que soñarlo. Tenía ocho metros de altura y la barda estaba coronada por una alambrada, seguramente electrificada y, además, rematada en agudas puntas de hierro, de treinta centímetros de largo, separadas por un espacio no superior a los quince centímetros.

De pronto, me dije que intentar entrar allí por la fuerza era una tontería. Además de la protección que era la barda, mi jefe me había llamado la víspera para informarme de otros medios de defensa con que contaba St. Mark. Esos medios eran seis canes gigantes originarios de Eggorum XII, tan grandes como terneros, más veloces que leopardos y con unos dientes que mellaban el acero al titanio. Aquellos canes podían alcanzar los cien kilómetros por hora en cinco segundos y mantener la velocidad durante quince minutos. No había ser vivo que pudiera escapar a una de aquellas fieras... y yo no estaba dispuesto a que aquellos canes se dieran un banquete con mi apreciadísimo cuerpo.

Entonces, no tenía otro remedio que llamar a la puerta, dar mi nombre y expresar mis pretensiones.

Por tanto, hice descender el helimóvil a poca distancia de la entrada y salté al suelo. En aquel punto, la muralla formaba una especie de ángulo. La puerta quedaba orientada en dirección Sur. Unos metros más allá, estaba la esquina, lo que impedía ver lo que pasaba al otro lado.

Al apearme, escuché voces en las inmediaciones. Miré a derecha e izquierda y no vi a nadie. Súbitamente, comprendí que los hombres que hablaban estaban más allá de la otra esquina.

CAPITULO II

Aquellos individuos seguían hablando tan tranquilamente, como si no sucediera nada de particular. Por supuesto, no se habían dado .cuenta de mi presencia. Yo había iniciado el descenso a un par de miles de metro más allá, ocultándome momentáneamente detrás de una loma. Con toda seguridad, habían pensado que me alejaba, pero no se habían imaginado siquiera que yo había efectuado una maniobra de descenso muy suave, a fin de aterrizar justo frente a la entrada blindada.

Cautelosamente, me acerqué a la esquina. Al asomarme, vi a los dos sujetos.

No lejos de donde estaban ellos, había un helimóvil de tipo medio, apto para el transporte de cargas hasta cinco toneladas. Casi al pie de la tapia, había un extraño aparato, montado en un trípode de sólidas patas, con una pequeña plataforma, protegida por una sencilla barandilla de tubo metálico.

En la base del trípode había una caja cuadrada, que se prolongaba en un mástil, el cual sostenía la plataforma junto con lo que parecía una manguera de hierro. La manguera estaba unida al helimóvil por un grueso cable conductor.

—Bueno, ya está listo —dijo de pronto uno de los hombres—. ¿Quién lo hará?

—Yo mismo —contestó el otro, a la vez que se encaramaba a la plataforma.

El mástil la atravesaba, sobresaliendo de ella cosa de metro y medio. La manguera estaba situada en el tope de dicho mástil y, en el extremo más grueso, tenía un aparato óptico, una especie de visor, cuya situación en el conjunto me intrigó poderosamente.

El hombre que iba a hacer... aún no sabía qué, trepó a la plataforma. Su compañero se situó junto al trípode, situado en la misma base de la muralla, y manejó una palanca.

Entonces, vi que el mástil, de tipo telescópico, se extendía hacia arriba, haciendo ascender la plataforma, con el operador de la manguera. Pero súbitamente, comprendí qué era, en realidad, aquella supuesta manguera.

Los pelos se me pusieron de punta. Tratábase de un proyector de rayos fundentes, capaz de convertir en líquido y en menos de diez segundos, un bloque de granito de diez metros cúbicos. Si el individuo lanzaba la descarga fundente contra la residencia de St. Mark, éste y sus sirvientes y todo ser vivo

morirían abrasados en cuestión de segundos. En cuanto a la casa, quedaría convertida en cenizas.

La boca del proyector asomaba ya por el borde de la tapia, cuando, sin pensármelo dos veces, me lancé hacia el sujeto que se hallaba al pie del mástil telescópico.

No es que uno sea de carácter particularmente belicoso ni amigo de las situaciones de violencia, ni tampoco soy amante de los deportes violentos. Me gustan más bien los deportes sedantes: natación, bicicleta, excursionismo... por lo que, a decir verdad, no se me puede considerar un Hércules. Tampoco, si he de ser sincero, consideré las consecuencias de mi acto, Pero para dar un empujón a un tipo no hace falta demasiada habilidad ni una potencia excesiva.

Lo que yo quería era apartar al tipo del cuadro de mandos del proyector de rayos fundentes, pero, aunque le empujé con fuerza, lo hice mal, torpemente. El caso es que el sujeto chocó contra el mástil, que ya se había desplegado en su totalidad.

El mástil no estaba preparado para un choque de semejante naturaleza. Era alto de más de ocho metros, a fin de que el operador que estaba en la plataforma pudiera actuar por encima del borde de la tapia, pero, lógicamente, era también delgado y al impacto de un cuerpo que pesaba unos ochenta kilos, osciló con cierta violencia.

Entonces, el operador de la plataforma salió disparado por encima del borde de la tapia y cayó al otro lado, lanzando un agudísimo grito. Escuché el ruido de la caída y casi en el mismo instante sonaron unos terribles aullidos.

Los pelos se me pusieron de punta al pensar en los feroces canes gigantes de Eggorum XII. Sus espeluznantes aullidos tuvieron como respuesta un horrible alarido de pánico.

Casi no tuve tiempo de escuchar nada más. El hombre que había quedado abajo se revolvió contra mí, insultándome atrozmente. Yo fui a decir algo, pero no tuve tiempo. Un puño se dirigió raudamente contra mi mentón.

Fue un golpe de película, seco, sin posible contrarréplica. El sol se hizo repentinamente mucho más grande, luego se dividió en multitud de fragmentos luminosos y, finalmente, se apagó.

* * *

Cuando desperté, vi que estaba tumbado en un banco del jardín. No lejos de mí, alguien hablaba por videófono.

Vagamente pude darme cuenta de que estaba dentro de la propiedad de Alban St. Mark. El hombre que hablaba debía ser él mismo y su interlocutor, sin duda, amigo de confianza.

—No, no, Larry —decía St. Mark en aquellos momentos—. Son ellos, seguro. Han intentado asesinarme... Por lo visto, no perdonan lo que les hice... Sí, iban a emplear un proyector de rayos fundentes, pero alguien intervino..., aunque no estoy muy seguro de que no ""haya sido un truco para entrar aquí sin dificultades... Eran dos y uno consiguió escapar. El otro cayó dentro y mis perros lo hicieron trizas... ¡Por todos los diablos, Larry! No, no se lo comieron; los tengo bien alimentados..., pero también entrenados para atacar a cualquier intruso... El muerto se llamaba Ogden Culliver... Mira su fotografía y consulta sus antecedentes en los archivos... En cuanto al intruprisionero, se llama Clark Carrados y tiene documentación de periodista... Escribe para la *Tri-Galactic*... Comprueba datos y llámame en seguida, por favor, Larry.

De pronto, sentí una lengua húmeda en mi cara, Terminé de abrir los ojos y lancé un chillido de espanto al ver aquel enorme perrazo que me lamía el rostro con todo afecto.

Creí que se me paraba el corazón. Aquella bocaza, los enormes colmillos... Tengo la seguridad de que, puesto en pie, la cabeza del can me habría llegado al pecho. Pero ahora se portaba como un cachorrillo cariñoso.

Alguien corrió hacia mí.

—¡Aparta, «Duke»! —ordenó el hombre—. Dispénsele, señor Carrados —añadió, mientras daba un manotazo en el lomo del animal—. Vamos, «Duke», anda a pasear por ahí y déjanos solos.

Yo conseguí sentarme en el banco, bastante cómodo y con abundantes cojines, todo hay que decirlo. Frente a mí, St. Mark, con las manos en los costados y las piernas separadas, me miraba sonriente, sin la menor sombra de animosidad.

—¿Y bien, señor Carrados? ¿Cómo se encuentra?

Me froté la mandíbula.

—El tipo pegaba duro —contesté.

—Aparentemente, me ha salvado usted la vida, por lo que debiera estarle agradecido. Pero también pudo tratarse de un ardid, para entrar en mi casa y...

—Y asesinarle con más comodidad, ¿no? ¿Me ha registrado mientras estaba

desvanecido?

—No lleva encima un arma, es cierto. Pero quizá era éste el medio de conseguir la entrevista que usted buscaba y que yo niego obstinadamente desde mi regreso a la Tierra.

—¿A costa de la vida de un hombre?

St. Mark se encogió de hombros.

—He conocido periodistas capaces de las mayores atrocidades, con tal de lograr un buen reportaje —respondió.

—Yo no soy de esa clase —argüí—. Soy especialista en temas sociopolíticos, pero el director se empeñó en enviarme aquí. Hay dos o tres mucho mejores que yo, pero, según parece, tienen prejuicios contra usted.

—Pronto sabremos la verdad. Entretanto, ¿quiere tomar una taza de café?

—Se lo agradecería.

St. Mark se acercó a una mesita cercana y llenó dos tazas con parte del contenido de una cafetera termo. Me ofreció una, permaneciendo en pie mientras tomaba su café.

Le observé furtivamente durante unos instantes. Aunque era muy alto, unos diez centímetros más que yo, no parecía el tipo clásico del superhombre que suele aparecer en las historietas y novelas de aventuras. Estaba bien conformado, por supuesto, pero, salvo por su estatura, su apariencia era más bien normal.

Lo parecía, hasta que uno se fijaba en sus ojos, de pupilas color café con leche, de un tono extrañamente claro, casi ambarino, y en la suave angulosidad de sus facciones. No, no era un hombre vulgar... o no habría podido derrotar a la todopoderosa WOPAEC. Y sus méritos resultaban mucho mayores cuando se pensaba que había recibido el encargo de importar cuatro metros cúbicos de T-E. y había traído nada menos que cuarenta. Algo tenía aquel hombre... y yo debía averiguarlo, para los lectores de mi revista, naturalmente.

—Le observo muy preocupado, señor Carrados —dijo St. Mark de pronto.

—Es cierto. Pensaba en el T-E., esa maravillosa sustancia, capaz de generar electricidad con una dosis mínima, un decímetro cúbico, creo...

—No, no es correcto lo que dice —me corrigió él—. La dosis necesaria para cada central de energía es la sesenta y cuatroava parte de un decímetro cúbico, es decir, una cantidad que puede cifrarse en seis centímetros cúbicos y un cuarto, con un peso total de veintiún gramos y ochocientos setenta y cinco miligramos. Esa es la dosis correcta para producir un megawatio al segundo.

—Mi jefe estaba mal informado y yo, no digamos —contesté, con sonrisa de conejo—. Pero usted se trajo cuarenta metros cúbicos, en lugar de los cuatro necesarios.

—En efecto. Los cálculos establecidos por la comisión competente del Gobierno Mundial estimaban que, para sustituir todas las fuentes de energía que no procediesen de presas y embalses, o del viento o del sol, se necesitaban cuatro metros cúbicos, con los que podrían alimentarse las centrales necesarias. Sin embargo, era un cálculo hecho a base de un decímetro cúbico por central, lo que daba cuatro mil en todo el planeta. Era una cantidad insuficiente, como pude comprobar yo durante mi expedición a Phoebus I, en donde aprendí que bastaba un sesenta y cuatroavo de decímetro cúbico para poner en funcionamiento una central energética. Ahora bien, teniendo en cuenta que traje cuarenta metros cúbicos, puede usted imaginarse la cantidad de estaciones generadoras que podrán ponerse en actividad, con los consiguientes beneficios para la humanidad.

—Y perjuicios para la WOPAEC —dije.

St. Mark sonrió.

—Tarde o temprano, era un monopolio condenado a la destrucción —respondió—. No era ya un gobierno dentro del gobierno, ni un gobierno paralelo: era el auténtico gobierno del planeta. WOPAEC hacía y deshacía a su antojo; un inmenso pulpo con millones de tentáculos, que alcanzaban a los más recónditos lugares de la Tierra y que, si bien no disponía de todas las fuentes de materias primas, sí tenía en sus manos el poder suficiente para acoger a quien no se plegase a su capricho. WOPAEC tenía la fuente de la energía, un medio más poderoso aun que el dinero, elemento que, por otra parte, era usado también con absoluta prodigalidad... con los resultados que usted puede imaginarse fácilmente.

—Y entonces, alguien decidió terminar con un poder ilegítimo.

—Efectivamente.

—Cosa que usted consiguió, señor St. Mark.

Mi interlocutor volvió a sonreír.

—Yo, simplemente, tuve suerte —repuso—. Otros, antes que yo, lo habían intentado. Unos, agentes especiales; otros, ministros del Primer Gobierno Mundial; otros, gobernadores de regiones y provincias, personas honestas que eran conscientes de que todo poder emana del pueblo y no de la riqueza o de la arbitrariedad o de la fuerza..., pero todos ellos morían o eran destituidos mediante sucias artimañas. Por supuesto, era una masa, pero no por ello menos perniciosa. Y había que acabar con ello.

—Por medio del T-É.

—Llegó un momento en que el T-E. era la única solución —admitió St. Mark.

Abrió una caja y me ofreció cigarrillos. Encendí uno. Eran muy suaves y aromáticos, de un sabor distinto a todos los que yo conocía hasta entonces.

—Tabaco pboebiano —dijo, al darme fuego—. Detrás de la casa, tengo un invernadero, donde cultivo las pocas plantas que son necesarias para mi consumo.

—Es muy bueno —elogié.

De pronto, alguien se asomó a la puerta que daba a la terraza en la que nos hallábamos situados.

—¡Alban, te llama el señor Clovvitz! —anunció el individuo.

—Tráeme el videófono, Kott —pidió St. Mark.

Yo me quedé estupefacto. Aquel sujeto era un pigmeo que no medía más de un metro veinticinco, pero perfectamente proporcionado en su anatomía. Lo más curioso, sin embargo, era el color de su epidermis; no era un pigmeo de la raza que habita parte de África Central, sino completamente blanco, con el pelo rojizo y los ojos muy azules, con todo el aire de un vikingo dispuesto en cualquier momento para emprender una expedición de conquista y piratería.

Kott puso el aparato sobre la mesa auxiliar y se retiró. Aunque no podía ver la cara del interlocutor de St. Mark, sí podía escuchar su voz sin la menor dificultad.

—Alban, los informes sobre Culliver dicen que era un matón al servicio del estado mayor de la WOPAEC —declaró Clowitz—. De momento, es todo lo que puedo decirte; trataré de conseguirte más detalles.

—Gracias, Larry.

—Se sabe que Culliver ha sido visto hace pocos días hablando con Helen Swanlee. No me extraña que haya aparecido por tu casa.

—Helen Swanlee, ¿eh? —murmuró St. Mark, muy preocupado, según pude apreciar—. Tenía que haberlo supuesto...

—En cuanto al otro tipo, es auténtico. Se trata del que dice ser. No hay dudas sobre el particular, Alban.

—Está bien, gracias, Larry. Te llamaré más tarde.

St. Mark presionó la tecla de cierre y se volvió hacia mí.

—Bien, señor Carrados, ya no se puede dudar de su personalidad —manifestó—. Discúlpeme si le he ofendido, pero trate de ponerse en mi sitio.

—No se preocupe; comprendo perfectamente su posición. —Me levanté—. Y como conozco su opinión acerca de los periodistas, habrá de permitirme que me retire.

—Aguarde un momento, hombre. ¿Por qué tanta prisa? —St. Mark me miró oblicuamente—. Usted vino aquí a hacer un reportaje.

—Sí —admití sin preocuparme para nada—. Por cierto, ¿qué ha sido del compinche de Culliver?

—Escapó, dejándose todos sus cacharros. ¿Lo conocía usted?

—No. Oiga, he oído mencionar a la señora Swanlee... ¿Tiene algo que ver con lo ocurrido?

—Bastante. Es hermosa, pero mala. ¿Ha oído hablar de la hembra de la especie?

—De modo que es así —sonreí. Miré a St. Mark de pies a cabeza—. Aunque estoy por apostar que en su resentimiento hay también ciertos motivos personales.

St Mark soltó una carcajada.

—Es usted un buen psicólogo, señor Carrados —respondió— Y no puedo olvidar que me ha salvado la vida. Vamos, siéntese y le contaré la historia.

Mentalmente, exhalé un suspiro de alivio. ¡Lo había conseguido!

St. Mark se sentó frente a mí, encendió un nuevo cigarrillo, cruzó las piernas

y empezó a hablar. Lo que sigue a continuación, con algunas breves interrupciones mías, como se leerá, es el relato de su hazaña, tal como él me lo contó aquel día.

CAPITULO III

Luis Gómez de Ribera, gobernador de la provincia de Colombia, salía de su residencia oficial, cuando, súbitamente, un individuo se acercó a él y le disparó cuatro tiros a boca de jarro. El gobernador Ribera murió instantáneamente.

Todo el mundo imaginó en el acto los motivos del atentado: había sido obra de la WOPAEC. Ribera se había puesto tenazmente a la instalación de. más plantas de fuerza nucleares, aduciendo motivos harto conocidos. Asimismo se había opuesto a la elevación de tarifas, necesarias, según un portavoz, para la financiación de las nuevas centrales. Ribera era hombre muy popular y se daba como seguro que ganaría las próximas elecciones, lo que le permitiría ocupar el sillón presidencial durante seis años más. Era demasiado tiempo para la WOPAEC; la poderosa compañía no podía dejar pasar seis años o no instalaría ya las nuevas centrales. Nadie, sin embargo, sospechó que los directivos de la WOPAEC recurrieran al asesinato.

Por supuesto, el asesino fue capturado, pero, en el juicio, declaró que había matado a Ribera por vengar su honor. Ribera, dijo, había forzado a su esposa. Una mujer, bastante hermosa, declaró cuando llegó el turno de los testigos y corroboró las declaraciones del acusado. La mujer dijo haber sido violada por el difunto gobernador. Varios testigos más declararon que Ribera perseguía a la mujer desde hacía mucho tiempo y que, al no conseguir sus favores, le había tendido una encerrona, de la que resultó la violación.

Los jueces, por tanto, fueron benévolos y condenaron al asesino a una pena ínfima. Y otro gobernador, más acomodaticio, se encargó de regir los destinos de la provincia colombiana y la WOPAEC pudo, al fin, iniciar la construcción de sus centrales atómicas y aumentar las tarifas.

—Todo redondo —gruñó Harriman Blake, cuando el caso hubo finalizado—. Ha salido tal como ellos predijeron.

Yo asentí. Blake, mi, jefe del Servicio Secreto del Primer Gobierno Mundial, tenía toda la razón.

—Parece ser que no hay forma humana de acabar . con sus tropelías. ¿No opinas tú lo mismo, Alban?

Blake tenía conmigo la suficiente confianza como para tutearme. Ambos, desde hacía muchísimo tiempo, luchábamos contra la omnipotente WOPAEC, pero, hasta el momento, los resultados conseguidos, habían sido más bien pobres. La WOPAEC estaba infiltrada por todas partes y sus sicarios llegaban

a los sitios amenazados mucho antes que nosotros. Crímenes, sobornos, cargos elevados, todo era válido... ¡y pobre del que intentase oponerse a sus designios! Acababa como Ribera, asesinado por un esposo imaginariamente ofendido en su honor. O si era persona de menor relieve, desaparecía misteriosamente y nunca se volvía a saber más del interesado.

—Mientras la WOPAEC disfrute del monopolio de la energía, nada se podrá conseguir contra ellos —dije amargamente, pensando en la media docena de agentes que habían intentado luchar contra la WOPAEC y de los que no se había vuelto a saber nada.

—Tal vez haya una solución, Alban —murmuró mi jefe.

—Sí, otorgarles el gobierno mundial y dejar que hagan y deshagan a su antojo. Quizá, dentro de cien años, le ocurra lo mismo que ha ocurrido con otros imperios que fueron en el pasado: decayeron por sus propios vicios y acabaron convertidos en polvo.

—Es posible, pero no podemos esperar tanto tiempo —dijo Blake—. Por eso mismo, hemos de intentar hallar la solución definitiva. Mejor dicho, la hemos encontrado ya. Ahora, lo que falta, es ponerla en práctica.

Levanté las cejas.

—¿Hay... una solución? —exclamé, sintiéndome muy escéptico al respecto.

—La hay, Alban. -^Blake sonrió, ladino—. Ven a mi residencia campestre; quiero que pases con nosotros el próximo fin de semana. Has estado allí muchas veces y los espías de la WOPAEC no darán especial importancia a esta invitación. .

Comprendí que mi jefe no quería ser más explícito y por ello no le hice ninguna pregunta sobre el particular. La entrevista había terminado y salí de su despacho. En aquellos momentos, no sabía bien por qué, presentía que se había dado el primer paso para la destrucción de la WOPAEC.

Aquella noche, acudí a cenar a un restaurante pequeño y discreto, en el que se preparaban unos platos estupendos. El dueño me conocía desde hacía mucho tiempo y me saludó con gran amabilidad. Encargué el menú y me senté a la mesa.

Unos segundos después, apareció ante mí una hermosa mujer. Me sorprendí enormemente al verla en aquel lugar. No era un tugurio, ni mucho menos, pero tampoco era la clase de local que frecuentaría la bella Helen Swanlee.

—¿Puedo cenar contigo, Alban? —consultó Helen.

Con el rabillo del ojo vi que, a discreta distancia, había dos fornidos sujetos, de rostro impenetrable; bajo cuyas cazadoras de tejido plateado se podía adivinar el bulto de las pistolas de rayos fundentes.

—Tus guardaespaldas, supongo —dije, mientras señalaba una silla.

Helen se sentó graciosamente. Es preciso admitir que sabía moverse lo suficientemente bien como para hacer resaltar los menores detalles de una anatomía femenina que no tenía el menor reproche. Años antes, había existido un apasionado romance entre los dos. Pero Helen, además de hermosa, era ambiciosa; no era la mujer capaz de contentarse con el modesto sueldo de un agente especial. Yo podía representar para ella el amor y el placer, pero de ningún modo la riqueza. Por ello se había casado con Swanlee, el presidente de la WOPAEC. Y, a su muerte, había sabido maniobrar con tanta habilidad que, aparte de heredar un inmenso paquete de acciones^ había heredado también el cargo.

Por tanto, en aquellos momentos, yo me disponía a cenar con la mismísima presidente de la empresa más poderosa del planeta.

—Sigues felizmente viuda —comenté, después de que nos sirvieron el primer plato.

.—Así es, Alban. Y me encuentro muy a gusto en mi posición. ¿Lo lamentas?

—No. Yo ya no soy nada para ti, Helen.

—Podrías serlo si...

—¿Si qué? —dije, imaginándome lo que ella iba a decirme a continuación.

—Si dimitieses de tu cargo.

—Helen, eres joven y tienes poder y dinero en cantidades ilimitadas. Cuando tienes ganas dé hombre, llamas a uno, le pagas y luego lo despides. ¿Me necesitas esta noche para tu cama solitaria?

Helen enrojeció vivamente.

—Eres directo, Alban —se quejó.

—Vamos, vamos, tú y yo no somos ya chiquillos para andarnos con subterfugios. Mira, en esa mesa están cenando tus gorilas. Elige a uno de ellos

para esta noche...

—¡Alban, no sigas por ese camino!

Me encogí de homo ros.

—Si te molesta, dejaré el tema. Pero te dejaré también a ti...

—Aguarda —pidió ella—, Quiero hacerte una proposición. Hay cargos vacantes en la WOPAEC, algunos de ellos, de gran categoría... y sueldos elevadísimos, Elige el que quieras. Dimite y será tuyo.'

Empecé a sospechar que Helen sabía más de lo que quería dar a entender. Haría que mi jefe inspeccionase bien su despacho; no me hubiese extrañado nada que la WOPAEC hubiese hecho instalar en la estancia un perfeccionadísimo e ilocalizable sistema de escucha.

—Gracias, pero me encuentro bien donde estoy —contesté.

Ella jugueteó con su tenedor.

—Diríase que ya no te gusto —murmuró, entornando mucho los ojos.

—Me gustan todas las mujeres guapas. No me gustan los procedimientos de algunas mujeres guapas. Y no quiero ser un muñeco bien pagado.

—Alban, la honradez no se recompensa hoy. ¿Por qué no somos sinceros?

—Yo ya lo soy; te he dicho lo que pienso. En cambio, tú, estás dando muchos rodeos. Habla claro de una vez...

—Te he hablado con la suficiente claridad; no es necesario que diga más.

La miré fijamente.

—¿Qué sabes, Helen? —pregunté.

Ella emitió una risita nerviosa.

—Hay cosas que ni a ti mismo puedo decirte, excepto lo que ya has oído —contestó.

—Helen, eres presidente de una empresa odiada en el mundo entero. Sí, tienes dinero y poder en cantidades ilimitadas..., pero eso no siempre es suficiente para poder dormir tranquilamente por las noches. Cada mañana, al despertar, esperas la desagradable noticia de que se ha iniciado el inevitable

derrumbamiento de la WOPAEC. Por supuesto, no será una caída brusca, sino más bien lenta..., pero cuando se inicie, no habrá poder humano que pueda detenerla. Y tú, cada vez que abres los ojos al despertarte, esperas esa noticia que, tarde o temprano, ha de llegar. ¿Me equivoco?

—Nadie podrá jamás con la WOPAEC, Alban.

—Los imperios siguen una ley inexorable, aplicable igualmente a todos seres vivientes. El hombre, por ejemplo, nace, llega a adolescente, alcanza la plenitud de su vida y luego empieza a declinar. Los imperios, geopolíticos o financieros, no pueden escapar jamás a esa ley: auge, máximo esplendor y declinación, hasta su desaparición por completo. La WOPAEC está ahora en su punto máximo de esplendor, en la cresta de la ola, como suele decirse..., pero quizá también está a punto de iniciar la pendiente que conduce a su destrucción. Nadie, personas o entidades, escapa a esa ley, Helen.

—Una bonita conferencia —dijo ella burlonamente—. Pero la WOPAEC es lo suficientemente poderosa...

—Nadie es suficientemente poderoso. Todos tenemos un punto débil y por ahí, tarde o temprano, empezamos a flaquear. Quizá el mismo inmenso poder de tu compañía es su punto débil.

—Estás filósofo, Alban —comentó Helen. Pero no sonreía.

—Digo lo que pienso —respondí—. Y, por supuesto, no voy a dimitir.

—Lo cual es un tremendo error por tu parte.

—Helen, una vez más, ¿por qué no acabas de ser sincera y me lo cuentas todo?

Se echó a reír.

—Ya te he dicho bastante —insistió—. Me creas o no, le aprecio lo suficiente como para no querer que te suceda nada malo.

—Como al gobernador Ribera.

—Lo mató un esposo ultrajado.

—Yo soy soltero. ¿Qué argumento emplearían tus esbirros para justificar mi muerte?

Helen se inclinó hacia adelante.

—Cuando una persona desaparece de un modo absoluto, no se emplean argumentos para justificar su ausencia —respondió.

—Tomo nota de la amenaza —dije fríamente—, Pero tú no olvides ni por un momento lo que te he dicho: estás en la cresta de la ola, aunque ya miras hacia la pendiente que lleva a la caída final.

Ella se puso en pie.

—Alban, aquí se cena maravillosamente, pero el menú me ha sabido a cenizas —declaró abruptamente.

Yo me apoderé de su plato, prácticamente intacto, y volqué su contenido en el mío.

—En cambio, a mí, este filete me ha sabido a gloria —repuse—. Y como soy un hombre pobre y tengo hambre, aprovecharé para comerme el tuyo. ¿Alguna objeción?

Deliberadamente, no me había levantado. Ella comprendió el sentido de la ofensa y volvió a enrojecer.

—Ten cuidado, Alban —se despidió secamente.

Sí, pensé, mientras cortaba la carne con el cuchillo: deberías tener mucho cuidado. Ya no era sólo la WOPAEG quien estaba contra mí, sino una mujer despechada.

No sabía cuál de los dos era peor enemigo.

CAPITULO IV

Durante el fin de semana, mi jefe me presentó a un estrafalario individuo, de pelo gris, con enormes mechones que parecían cuernos, el cual respondía al nombre de Irvin B. McDuff. Era doctor en Ciencias, según dijo Blake, y también estaba invitado a pasar dos días en la residencia.

La primera noche transcurrió con entera normalidad. Al día siguiente, tras el desayuno, mi jefe me condujo a un cobertizo que, en apariencia, servía para guardar las herramientas del jardín. El cobertizo, sin embargo, era de construcción más sólida de lo que aparentaba la vista exterior. En el centro, había una trampilla, que conducía a un sótano, seguramente excavado no hacía mucho tiempo. El mayordomo de Blake, en realidad, un agente, puso la trampilla en su sitio, apenas hubimos descendido al sótano. Luego, según pude saber, dejó el interior del cobertizo de modo que pareciese lo que realmente debía ser. Si los espías de WOPAEC entraban en aquella caseta, no verían otra cosa que herramientas y útiles de jardinería.

El sótano era grande: doce por seis por cuatro, metros, claro. Había" algunos extraños artilugios y, entre ellos, como el pez en el agua, se movía Mac Duff.

—Doctor —llamó Blake, cuando estuvimos en el suelo.

Mac Duff se volvió.

—Ah, hola —sonrió—. Todo está listo para la demostración.

—Muy bien. En tal caso, cuando guste.

Mac Duff se acercó a una mesa y señaló algo que había sobre una pequeña bandeja de porcelana. Era un cubo de una sustancia verdosa, casi transparente, de unos cinco milímetros de lado. Yo lo contemplé con no disimulada curiosidad.

—Señor St. Mark, esto es *T-Energium* —empezó el científico—. Una sustancia que desprende energía total, de ahí su nombre, absolutamente inofensiva en su estado actual, es decir, al aire, libre, como lo puede ver, No emite radiaciones ni quema al tacto... tan inocua como un pequeño guijarro, a menos que se emplee como proyectil. Cójalo, por favor.

Tomé el cubo con dos dedos. Era como tener una diminuta esmeralda en la mano.

—¿Y...? -dije.

—En estado natural, tal como ahora, el *T-Energium* no produce efectos de ninguna clase, á no ser estéticos, si es que a alguien le gusta ver esta supuesta esmeralda —continuó Mac Duff—. Pero, por alguna razón que todavía desconozco, cuando el *T-Energium,* T-E. para abreviar, se encuentra en el vacío, empieza a generar calor, iniciándose así un proceso de desintegración, muy lento, el cual, según mis cálculos, dura cincuenta años... quiero decir que para que este trozo de T-E. se reduzca a la mitad, habrá de transcurrir el plazo prefijado, siempre, por supuesto, que se encuentre en el interior de una cámara en la que se haya hecho el vacío.

«Entonces, el calor desprendido genera energía. El T-E. se convierte así en una fuerte potencia inagotable, de tal modo que un fragmento de T-E., de forma albita y de dos centímetros y medio de lado, es capaz de generar, con los aparatos e instrumentos adecuados, un megawatio al segundo.

«Ahora bien —prosiguió Mac Duff—, aquí disponemos de un trozo de T-E. de forma súbita y cinco milímetros de lado, lo que significa un volumen ciento veinticinco veces menor que el citado anteriormente. Por tanto, la energía que producirá equivaldrá a ocho mil watios por segundo, es decir, la ciento veinticincoava parte de un megawatio. Y, ¿sabe cómo se consigue esa energía?

Mac Duff me lo explicó. Era abrumadoramente sencillo.

Un trozo de T-E., en una cámara de metal, en la que se había hecho el vacío. La cámara se introducía en otra mayor, llena de agua. El calor producía vapor de agua, el cual, a la debida presión, hacía funcionar una turbina, que generaba electricidad, como en las centrales térmicas convencionales que utilizaban carbón o combustible líquido. El vapor producido se hacía pasar luego por una serie de condensadores, que lo convertían nuevamente en agua, la cual volvía de nuevo a la que podríamos llamar cámara de calentamiento.

Tremendamente sencillo y abrumadoramente eficaz.

Pero, sobre todo, limpio en absoluto, no contaminante y exento de todo peligro. Tal vez cabía el riesgo de una explosión en la cámara de calentamiento, como en las antiguas calderas de vapor, pero esto había sido solucionado ya hacía algunos siglos por medio de la válvula de seguridad.

Mac Duff me hizo una demostración. Tenía instalado un sistema piloto, con un fragmento de T-E. de ciento veinticinco milímetros cúbicos. Era algo pasmoso.

Cuando me repuse de la sorpresa, pregunté dónde se conseguía el T-E.

—Su jefe se lo dirá —contestó Mac Duff.

—Arriba, en el exterior —manifestó el aludido.

Abandonamos el sótano. Cuando volví a ver la luz del día, creí que todo había sido un sueño. Mi jefe me condujo a su despacho, preparó dos whiskies y empezó a hablar.

* * *

—Hace bastante tiempo, una expedición científica terrestre desembarcó en un planeta al que dieron el nombre de Phoebus I. Está situado en el tercer sistema de la estrella Vega, de la constelación de la Lira, a unos veintisiete años luz de la Tierra —recitó mi jefe, después de un par de buenos tragos—. Los expedicionarios, tras entablar relaciones con los nativos y recibir el oportuno permiso para investigar, sin causar perjuicios, encontraron una sustancia extraña, desconocida para todos, cuyas propiedades les causaron un enorme asombro.

«Supongo que, por medios empíricos, los nativos habían llegado a la conclusión de que aquella sustancia, a la que los expedicionarios dieron luego el nombre de *T-Energium,* producía calor en determinadas condiciones. El jefe de la expedición pudo ver una de las centrales de energía de Phoebus. Allí, aunque adelantados en otros aspectos, están mucho más retrasados que nosotros en la cuestión tecnológica. Sin embargo, habían conseguido hacer el vacío en una caja de metal la que, al calentarse, sumergida en agua, producía vapor, que luego era aprovechado para la producción de una energía rudimentaria. El jefe quiso traerse unas muestras a la Tierra, pero los phoebianos adujeron que su ley' lo prohibía.

»Sin embargo, el jefe de la expedición pudo conseguir unos centímetros cúbicos de T-E. Hizo trampa, por supuesto, pero era la única solución al problema. Ese hombre era un tipo listo y pudo darse cuenta de la revolución que representaría el T-E. en la Tierra. Es preciso añadir, además, que tenía una cuentecita pendiente con la WOPAEC, por lo que, aunque mencionó en su informe la existencia del T-E., no dijo nada de la muestra que se había traído. En resumidas cuentas, Alban: tu misión consiste en viajar a Phoebus I y conseguir cuatro metros cúbicos de T-E., cantidad que se estima mínima para iniciar el proceso de construcción de centrales de fuerza, que sustituyan a las actuales.

—Lo cual representará la destrucción de la WOPAEC.

—El fin de un odiado poderío —convino mi jefe—. Cuando esos cuatro metros cúbicos de T-E. estén en la Tierra y la noticia se haga pública, las acciones de la WOPAEC bajarán espectacularmente. Esta vez, créeme, no podrán influir en el gobierno ni en el Parlamento ni en los medios de comunicación. Algunos les apoyarán, lo damos por descontado, pero bastará la divulgación de la noticia y de las propiedades del T-E. para que la gente empiece a comprender lo que puede suceder. Será como una bola de nieve... imposible de detener, ¿lo has entendido?

Hice un gesto de asentimiento.

—Perfectamente, señor —contesté—. Pero, me parece, en la WOPAEC están enterados de nuestros propósitos. —Le conté mi entrevista con Helen Swanlee y agregué—: Tal vez instalaron sistemas de escucha en su despacho.

—No —contradijo Blake—. Tengo instalado un sistema antiescucha, que funcionaría inmediatamente. Pero es posible que nos tengan vigilados constantemente y... de todos modos, se huelen algo. El sentimiento de hostilidad en el gobierno es cada vez mayor, pero, claro, no se puede actuar contra una persona o una empresa, sin pruebas concretas. Ella quiso sonsacarte, simplemente, además de intentar atraerte a su bando, eso es todo.

—Me siento preocupado, a pesar de lo que ha dicho usted —confesé—. Si voy a Phoebus I, deberé viajar en el más estricto secreto...

—Eso está solucionado. El mes próximo, es decir, dentro de seis días, zarpa una nave con carga general y mercancía para Phoebus I. Hacemos intercambio con los nativos: utensilios y herramientas de las que carecen, a cambio de materias primas, excepto el T-E., por supuesto. No vamos a recurrir al viejo truco de alistarte como tripulante, despechado por haber sido despedido del servicio a causa de una inmoralidad o falta de disciplina. No, viajarás como...

Blake sonrió ladinamente.

—Prefiero no decírtelo —añadió tras breve pausa—. Conocerás la forma en que vas a viajar, cuando hayas llegado a Phoebus I.

—Muy bien, como guste. Pero, dígame, ¿a quién he de pedirle el T-E.?

—No tendrás que pedírselo a nadie; deberás arreglártelas como sea para traerte esos cuatro metros cúbicos en el siguiente viaje de la astronave de carga. Por supuesto, acordaremos una contraseña para el momento en que informes haber logrado el objetivo, pero, repito, no puedes pedir una cosa que de antemano se sabe no te concederán.

Torcí el gesto.

—Eso puede provocar un conflicto interplanetario, al menos, a escala diplomática —alegué.

—No lo creo. Phoebus está poco poblado... y luego ya sabríamos disculparnos ante ellos. Lo importante es que consigas el arma que permitirá abatir, de una vez para siempre, el abominable poder de la WOPAEC.

—Bien, queda un detalle —dije—. Desconozco Phoebus en absoluto, no sé nada de sus habitantes, ni de sus sistemas de gobierno, ni conozco su geografía...

Blake levantó una *casete* que tenía sobre la mesa.

—Aquí se contiene toda la información posible video-fónica, que tenemos de Phoebus I hasta la fecha —dijo—. Ve luego a tu cuarto, inserta la *casete* en el televisor y estudia el tema a fondo.

—Muy bien, jefe...

Me interrumpí de repente. A través de la ventana, y aunque las cortinas estaban casi corridas, acababa de entrar un destello metálico.

El chispazo me había dado en los ojos, puesto que estaba situado frente a la ventana. Aquello me intrigó notablemente.

Bajé la voz:

—Jefe, siga hablando, de lo que sea, no importa el tema. Si acaso, yo le contestaré..., pero siempre en voz alta.

Blake era listo, lógicamente, y empezó- a hablar de sus rosales. Yo me acerqué a la ventana y miré a través de la rendija de las cortinas.

En una loma, a unos ciento cincuenta metros de distancia, se movía algo. De nuevo, con la voz muy baja, pregunté:

—¿Tiene a mano unos prismáticos?

Blake me los entregó segundos después. Los binoculares me permitieron ver al hombre agazapado tras unas matas, con un potente detector de sonido en funcionamiento. Aquel aparatito era capaz de captar el vuelo de una mosca a quinientos metros.

—Déjalo de mi cuenta —murmuró Blake—. Yo me encargo de ese tipo.

Se acercó a su mesa y tecleó algo en el interfono, enviando un mensaje escrito que decía: «ESPÍA SOBRE LA LOMA NORDESTE. ACTÚEN INMEDIATAMENTE.»

Seguimos hablando, pero de temas intrascendentes. Yo tenía la vista fija en el paisaje.

De pronto, un rayo de luz deslumbrante cruzó la atmósfera. En la cumbre de la colina se produjo una tremenda explosión.

Minutos después, el mayordomo se asomaba al despacho:

—El espía ha sido eliminado, señor —declaró, impasible—. Todos sus instrumentos han quedado completamente destruidos. Tenía una grabadora, aunque, por fortuna, no la había conectado a un emisor de radio. Ya no podrá repetir a nadie lo que había escuchado, señor.

Mi jefe sonrió placenteramente, mientras vertían whisky de nuevo en los vasos.

—Por fortuna, también en la WOPAEC se cometen errores —dijo. Levantó su vaso—. ¡Por el éxito, Alban! —brindó.

Yo no me sentía tan optimista, pero, aparte de disciplinado, en aquel asunto al menos, pensaba igual que mi jefe.

Sí, era preciso acabar con la omnipotente WOPAEC.

* * *

Cuatro días más tarde, yo seguía ignorando todavía la forma en que iba a viajar a Phoebus I.

Aquella noche, al salir del restaurante en donde cenaba con gran frecuencia, noté que era seguido por dos tipos, cuyo aspecto, pese a su aparente inocuidad, no me gustó en absoluto.

Eran, sin duda, esbirros de la WOPAEC. Comprobé que, en efecto, me seguían, cuando los vi, implacables tras de mí, como los galgos tras la liebre. Doblé un par de esquinas, cambié varias veces de acera deslizante... y allí seguían los tipos, incansables, impávidos, buscando el momento de lanzar el que, era fácil de imaginar, sería un ataque devastador e imposible de repeler.

Cuando ya iniciaba el regreso a mi casa, la maniobra me había costado dar un gran rodeo, pasé por delante de un callejón oscuro. Alguien me atacó

bruscamente por detrás. Antes de que pudiera aprestarme a la defensa, un objeto duro me golpeó en la nuca, dejándome sin sentido instantáneamente.

El tipo que me había atacado se asomó al callejón. Los otros dos habían oído el ruido y llegaban a la carrera.

—Podéis volveros —dijo el primero—. Yo me encargo de él.

—Pero...

—Me lo ha ordenado ella en persona. Marchaos, no os preocupéis más de él.

—Aquí hay algo que no funciona bien. Unos dan unas órdenes, otros las dan distintas...

—Ella es la que manda en todo, no lo olvidéis. Y quiere que se lo lleve yo personalmente. ¿Estamos?

Los dos esbirros cambiaron una mirada y acabaron por encogerse de hombros, después de lo cual, dieron media vuelta y se largaron. Como es fácil de comprender, yo me enteré de la conversación mucho más tarde.

Tampoco me enteré de lo que sucedió a continuación. Lo único que sé es que perdí el sentido en la Tierra y me desperté en Phoebus I.

CAPITULO V

Abrí los ojos y me vi sumido en una absoluta oscuridad. Estaba tendido en un lecho no muy blando, con una pequeña almohada para la cabeza. En alguna parte se oía el levísimo tic-tac de algún reloj.

Moví las manos. El lugar en que me hallaba era poco mayor que un ataúd. Pero antes de que empezase a sentir pánico, las paredes de mi encierro se abrieron y cayeron a los lados.

Noté cierto envaramiento en los músculos. El aire era suave y perfumado. En alguna parte había flores silvestres. Percibí el rumor de una corriente de agua. Al erguirme un poco, vi un sobre sujeto a mi ropa, en el pecho, con un alfiler.

Abrí el sobre:

«Ya estás en Phoebus I. Dispensa que te hayamos transportado en un cajón de embalaje, pero era la única forma de burlar a la WOPAÉC. Debajo de tu lecho hay un equipo de supervivencia, con un pequeño atlas del planeta. Como es lógico, no te hemos dado armas, excepto un cuchillo de caza. Buena suerte.»

El papel se convirtió en humo antes de un minuto. Entonces, hice un esfuerzo y me puse en pie.

Sonreí al recordar el ataque de que había sido objeto. Se trataba de una argucia, preparada para engañar a mis perseguidores. Cuando éstos pudieron adivinar la verdad, yo ya estaba introducido en una unidad de hibernación, la cual, a su vez, había sido transportada en un vulgar cajón que, supuestamente, contenía herramientas de labranza. Mi jefe, cuando quería, sabía hacer las cosas bien.

Encontré el equipo de supervivencia y lo examiné rápidamente. Estaba en una mochila, de fácil transporte, en la cual encontré también el cuchillo, que introduje en la caña de una de mis botas. Mi equipo de ropa era cómodo, sencillo y muy resistente. Los informes que yo tenía de la zona donde debía operar eran que las temperaturas solían ser muy suaves, sin alcanzar el grado de tropicales.

Una vez tuve fuera el equipo de supervivencia, hice lo que correspondía en aquellos casos: armar de nuevo el cajón de embalaje. A continuación, y por medio de una pistola de crecimiento rápido, hice que la vegetación creciera velozmente en torno al cajón. Un cuarto de hora más tarde, el vehículo que me había transportado hasta Phoebus, estaba oculto por una enorme masa de vegetación. La pistola quedó oculta bajo las plantas. Cuando fuese hora de

iniciar el regreso a la Tierra, debería volver a aquel lugar, para enviar el mensaje acordado. Entonces, daría información sobre el punto en que se hallaba el T-E... que aún no había conseguido siquiera.

La estrella de aquel sistema brillaba cálidamente en el cielo. Al consultar mi reloj calendario, pude darme cuenta de que había dormido más de dos semanas. Sin embargo, y salvo un ligero envaramiento, debido a la falta de ejercicio, no sentía la menor debilidad. La unidad de alimentación había funcionado satisfactoriamente durante mi sueño.

Pero dos semanas era mucho tiempo y yo necesitaba un baño. Caminé hacia el arroyo cercano, encontré un pequeño remanso y, después de quitarme la ropa, me lancé de cabeza al agua.

Estuve nadando un buen rato. Al salir, vi un árbol con frutos maduros. Según mis conocimientos, eran como manzanas terrestres. Comí unas cuantas, que encontré deliciosas, y luego empecé a pensar en la forma de cazar algo más sustancioso.

De pronto, se me ocurrió consultar el atlas de Phoebus I. Era preciso saber con exactitud el lugar en que me hallaba.

Recorrí con la vista los accidentes geográficos que me rodeaban. Vi una cadena de montañas, con dos picos casi gemelos, muy altos. El reloj indicaba también la hora de Phoebus I. Por tanto, podía orientarme sin dificultad.

A los pocos minutos, había hecho un descubrimiento tan sensacional como poco agradable: estaba a casi cuatrocientos kilómetros del punto en que debía haber sido desembarcado.

Me di a todos los diablos. El capitán de la astronave había cometido sin duda un grave error de navegación. Allí estaba yo, solo, perdido en un lugar completamente deshabitado, y con la perspectiva de una caminata a pie, que me llevaría al menos una semana.

No era la mejor forma de iniciar una misión. En Phoebus I había algunos animales feroces y, por toda arma, yo disponía solamente de un cuchillo de monte. Acabar en el estómago de unos cuantos canes gigantes —descendientes de unas cuantas parejas importadas de Eggorun XII y vueltos luego a cimarrones, esto es, al estado primitivamente salvaje—, era cosa que no producía en mi ánimo el menor sentimiento de felicidad. Sin poder contenerme, levanté el puño a lo alto y mencioné a los padres del capitán de la nave con epítetos nada favorables.

Pero la rabieta no me iba a salvar de ningún apuro, así que, tras haberme

orientado, decidí vestirme, pues aún continuaba en traje de Adán, y emprender la marcha inmediatamente. Cuatrocientos kilómetros... diez, quince días de viaje... No era una perspectiva como para dar saltos de alegría.

Entonces, cuando todavía no me había inclinado siquiera hacia mis pantalones oí gritos y chillidos.

Los chillidos procedían de la garganta de una mujer.

* * *

La escena que siguió a continuación me dejó sin aliento.

Una docena de hombres, que corrían como gamos, aparecieron a unos sesenta o setenta metros de distancia, surgiendo repentinamente de la espesura próxima. Lo curioso del caso era su menguada estatura, no obstante lo cual, aparecían perfectamente proporcionados, La mayoría tenían el pelo rojizo, aunque también había un par de rubios y hasta un castaño oscuro.

Sus ropajes consistían en unos taparrabos de piel moteada y botas blandas del mismo material. A la cintura llevaban hachas y cuchillos, de buen acero, no de piedra, pese a su aspecto de trogloditas enanos.

Aquellos pigmeos transportaban una especie de angarillas, hechas de ramas, sobre las cuales yacía una mujer, atada de tal modo que le resultaba imposible moverse. Ella gritaba furiosamente, y los pigmeos le contestaban con grandes carcajadas, mezcladas con imprecaciones de burla. La mujer, por lo poco que pude apreciar en aquellos instantes, no pertenecía a la raza de sus captores.

La verdad, lo que sucedía en aquellos momentos era un asunto interno de Phoebus I. Yo sabía que sus habitantes estaban divididos en dos razas, separadas por odios y rencores hasta entonces irreconciliables, y como terrestre, tenía la obligación de no inmiscuirme en problemas ajenos. Era un forastero y lo que hacían los nativos no era cosa que debiera interesarme.

Pero, como buen terrestre, me sentí un tanto quijote al ver a la mujer secuestrada y decidí intervenir. Olvidándome de mi estado de desnudez absoluta, salté hacia adelante.

No grité advertencias previas ni solté frases melodramáticas o rimbombantes, como, por ejemplo: «¡Soltad a esa indefensa mujer, miserables villanos!», no, nada de eso. Simplemente, empecé a repartir leña a derecha e izquierda. Confieso que abusé de mi estatura, muy superior, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Las angarillas cayeron al suelo con su carga. Tres o cuatro pigmeos volaron como peleles por los aires. Dos cayeron al agua con gran alboroto de espumas. Uno intentó clavarme su cuchillo, pero le partí el brazo de un seco retortijón. A otro le metí el pie en el estómago y lo disparé a media docena de metros de distancia.

El combate duró menos de un minuto. Los pigmeos se dieron cuenta de que no podían conmigo y emprendieron una prudente y veloz retirada, llevándose consigo a los que no podían valerse por sí mismos. Entonces, la mujer y yo nos quedamos solos.

—Ahora la soltaré, señora —dije, con la mejor de mis sonrisas.

—¡Sí, pero vístase primero! —exclamó ella, despidiendo fuego por los ojos.

El súbito color rojo de mis mejillas llegó hasta más abajo del ombligo, adonde bajé en el acto las manos cruzadas para cubrir mis vergüenzas. Paso a paso, pero sin volverle la espalda, retrocedí hacia el lugar donde tenía las ropas.

—Usted dispense... Acababa de tomar un baño y... estaba secándome al sol...

Ella volvió la cabeza a un lado. Yo me vestí rápidamente. Una vez que tuve un aspecto más decoroso, volví Junto a la mujer, me arrodillé y corté las ligaduras que todavía la mantenían sujeta.

Se puso en pie de un salto. Era altísima, casi un metro ochenta, y eso que iba calzada con unas simples botitas de piel moteada, sin tacón. Toda su indumentaria consistía en una banda de la misma piel, que le ceñía el pecho opulento, de firmes curvas, y unos pantalones muy ajustados a sus caderas. La piel, asombrosamente tersa y suave, era de un intenso color canela. Pero el pelo era claro, casi pajizo, y los ojos parecían hechos de T-E.

Entonces, ella, altivamente, se presentó:

—Soy Khoelia Tur-Vnal, protectora del pueblo de los Krivrs —dijo enfáticamente—. ¿Quién es usted?

Decidí que de nada valía ocultar mi identidad, aunque sí algunos detalles personales, hasta que llegase el momento adecuado para hacerlos públicos.

—Me llamo Alban St. Mark, soy de la Tierra y me he perdido —dije, todavía no recuperado de mi asombro, por la sencilla razón de que tenía delante a la persona que, si mis dotes de persuasión resultaban eficaces, podría proporcionarme el T-E. que se necesitase «allá abajo» incidentalmente, cada vez que un viajero del espacio dice «allá abajo», se refiere siempre a nuestro

planeta.

—¿Perdido? —se extrañó ella—. No tenía noticias de que ningún viajero de su nombre hubiese llegado a mi planeta procedente del suyo.

—Señora, supongo que se debe al hecho de que somos muchos los terrestres llegados aquí para admirar las bellezas de Phoebus I, entre las cuales, y por derecho propio y en primera posición, figura usted —contesté galantemente.

Khoelia hizo una mueca despectiva.

—No creo demasiado en sus palabras, pero también es cierto que me ha salvado usted de una situación muy apurada —manifestó—. Cualesquiera que sean las razones que le trajeron aquí, no puedo negar que me siento muy agradecida a su gesto, señor St. Mark. Esos asquerosos kovors...

Se mordió los labios, como si no quisiera seguir con el tema y, en seguida añadió:

—Es usted muy fuerte, aunque debo decirle que no podemos permanecer demasiado tiempo en este lugar. Los kovors son demasiados y podrían volver con refuerzos.

—Es un argumento lleno de lógica —convine—. Imagino que usted querrá regresar a su ciudad, pero el caso es que yo no conozco el camino.

—Hacia allí —dijo Khoelia, tendiendo el brazo derecho.

—Esa es la dirección de donde procedían sus raptores.

—Sí, desde luego.

—Señora, ¿a qué distancia está su pueblo? —pregunté.

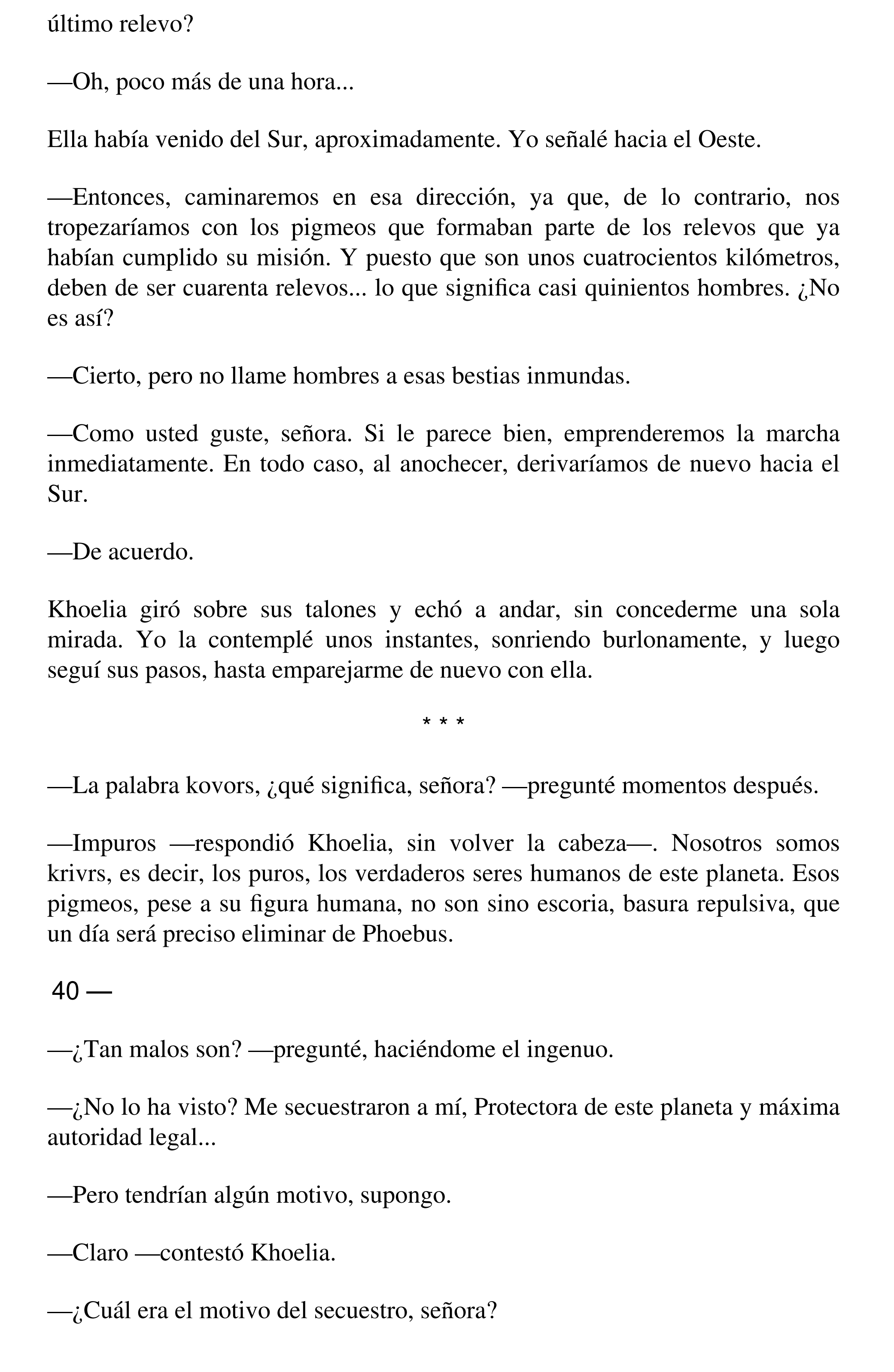
—En medidas terrestres, unos cuatrocientos kilómetros.

La miré, estupefacto.

—Entonces, debe de llevar muchos días de viaje —exclamé.

—No tanto como piensa. Esos repugnantes kovors habían preparado su golpe desde hacía mucho tiempo y lo habían planeado todo a la perfección. Cada diez kilómetros hay un relevo de kovors, de modo que yo viajaba sin interrupción las veinticuatro horas del día. ¿Lo comprende ahora?

—Sí, señora. Por favor, ¿puede decirme cuánto tiempo ha pasado desde el



último relevo?

—Oh, poco más de una hora...

Ella había venido del Sur, aproximadamente. Yo señalé hacia el Oeste.

—Entonces, caminaremos en esa dirección, ya que, de lo contrario, nos tropezaríamos con los pigmeos que formaban parte de los relevos que ya habían cumplido su misión. Y puesto que son unos cuatrocientos kilómetros, deben de ser cuarenta relevos... lo que significa casi quinientos hombres. ¿No es así?

—Cierto, pero no llame hombres a esas bestias inmundas.

—Como usted guste, señora. Si le parece bien, emprenderemos la marcha inmediatamente. En todo caso, al anochecer, derivaríamos de nuevo hacia el Sur.

—De acuerdo.

Khoelia giró sobre sus talones y echó a andar, sin concederme una sola mirada. Yo la contemplé unos instantes, sonriendo burlonamente, y luego seguí sus pasos, hasta emparejarme de nuevo con ella.

* * *

—La palabra kovors, ¿qué significa, señora? —pregunté momentos después.

—Impuros —respondió Khoelia, sin volver la cabeza—. Nosotros somos krivrs, es decir, los puros, los verdaderos seres humanos de este planeta. Esos pigmeos, pese a su figura humana, no son sino escoria, basura repulsiva, que un día será preciso eliminar de Phoebus.

—¿Tan malos son? —pregunté, haciéndome el ingenuo.

—¿No lo ha visto? Me secuestraron a mí, Protectora de este planeta y máxima autoridad legal...

—Pero tendrían algún motivo, supongo.

—Claro —contestó Khoelia.

—¿Cuál era el motivo del secuestro, señora?

—Por ahora, prefiero no contestar —dijo ella secamente—. La gratitud que siento hacia usted, no es suficiente para hacer declaraciones que estimo inconvenientes.

—Le ruego me dispense, señora; pero no quise enojarla...

Khoelia hizo un gesto con la mano, como dando a entender que la cosa no tenía importancia. Yo la miraba de reojo mientras caminábamos; ella andaba con movimientos fáciles, casi felinos y, la verdad, para ser un jefe de Estado planetario, tal como proclamaba, no parecía educada en la indolencia y la molicie.

Al cabo de un rato, ella hizo una pregunta:

—¿Cómo se perdió usted, señor St. Mark?

—Oh, es que... mi propulsor individual se averió y tuve que tomar tierra no lejos de aquel arroyo. Dejé el aparato en el mismo sitio en que había caído, y aunque conecté la radio de socorro, me di cuenta de que el impacto de la caída le había causado gravísimos daños y no funcionaba. Entonces, como tenía calor, fui a bañarme y...

Era una mentira gigantesca, pero tampoco podía dar otra explicación. Khoelia pareció contentarse con mi respuesta, porque no dijo nada en contra.

Durante largo rato, caminamos en silencio, moviéndonos a través de una zona relativamente llana, con abundante vegetación. El suelo, herboso, hacía menos difícil la marcha y los árboles, que abundaban por todas partes, nos defendían con sus ramajes de los rayos del sol phoebiano.

Yo había llegado a Phoebus I relativamente temprano. A mediodía, propuse un alto, que Khoelia acepto sin dilación.

En mi' mochila de supervivencia tema alimentos concentrados, pero la distancia hasta el pueblo de Khoelia era grande y prefería reservarlos para caso de apuro.

—Intentaré cazar... —dije, pero ella me interrumpió en el acto.

—Señor St. Mark, mientras le sea posible, respete los seres vivientes de este planeta —exclamó cortante-mente. Extendió el brazo—. Vaya a aquel árbol y traiga unos cuantos frutos. Son muy alimenticios y contienen gran cantidad de vitaminas. Se sentirá mucho mejor cuando haya comido un par de ellos, créame.

Hice un gesto de asentimiento. Las manzanas phoebianas son riquísimas y, efectivamente, muy alimenticias, pero la perspectiva de una dieta exclusiva de fruta no me causaba precisamente un gran placer. En cuanto le echase la vista a algo parecido a un conejo o un pavo...

CAPITULO VI

Khoelia aceptó la fruta con altivez digna de una reina terrestre y comió con buen apetito, aunque displicentemente, ignorándome casi, como si yo no existiera. Yo ardía en deseos de hacerle preguntas, pero consideraba que aún no. había llegado el momento adecuado.

Ciertamente, ella había dicho sentir gratitud hacia mí, por haberla salvado de su» raptores, pero mucho me temía que no quisiera demostrar sus sentimientos con hechos prácticos. Empecé a pensar en la conveniencia de ponerla en un grave apuro por segunda vez, a fin de acentuar ese agradecimiento que, a juzgar por su actitud, era pura fórmula.

De pronto, capté un destello en las alturas. ¿Había un aparato volador en alguna parte?

Tiré a un lado el corazón de la manzana que acababa de comerme y me puse en pie. El fogonazo se repitió. Sí, allá arriba había algo...

—¿Qué le pasa? —preguntó Khoelia.

—Señora, ustedes los krivrs, ¿tienen aeromóviles?

—No. Aunque he viajado alguna vez en esos aparatos, solamente los usan los terrestres.

Ahora yo podía ver un puntito brillante en el cielo, que se movía con cierta lentitud. La distancia, sin embargo, era demasiado grande para apreciar otros detalles.

—Será mejor que nos pongamos a cubierto —aconsejé, acercándome al tronco del árbol cuya sombra nos había protegido hasta entonces.

Khoelia me miró con curiosidad.

—Diríase que usted también tiene enemigos —comentó.

—Estamos en un medio hostil y conviene tomar precauciones —respondí.

—Pueden ser amigos...

—Habrá que verlo —dije, al apreciar que aquel artefacto perdía ahora altura y se dirigía casi rectamente hacia nosotros.

Los .tripulantes del aparato nos divisarían antes de cinco minutos, calculé. Al

volverme hacia atrás, vi que la horquilla del árbol estaba a unos dos metros del suelo.

Salté hacia arriba y me situé en la intersección de las ramas.

—Deme la mano —solicité.

Khoelia obedeció. Unos segundos más tarde, estábamos a cinco o seis metros del suelo, escondidos entre el espeso follaje.

El aeromóvil tomó tierra a los pocos momentos. En realidad, era una motocicleta voladora, un extraño cacharro de forma alargada, con un manillar para los cambios de rumbo y sillines para dos personas, debajo de los cuales había una plataforma alargada, que contenía los mecanismos que la permitían volar y moverse en todas direcciones. No era ciertamente un aparato demasiado veloz, aunque sí cómodo para cierta clase de viajes a lugares donde quizá un aeromóvil más grande habría podido encontrar dificultades en el aterrizaje.

Los ocupantes del aparato eran dos. Y yo los conocía.

* * *

Los nombres eran Farlan Smith y Jacques Dubois, esbirros a sueldo de la WOPAEC. Smith era tan alto como yo, pero con veinte kilos más de peso, un verdadero gorila, capaz de doblar las herraduras con una sola mano. Dubois era su antítesis en lo físico: de mediana estatura y delgado como una espada, pero poseedor de más trucos sucios que nadie de la «profesión». Ambos, cosa lógica, iban armados con sendas pistolas de rayos fundentes.

Smith y Dubois saltaron al suelo. Yo empecé a pensar en la conveniencia de apoderarme de su cacharro Antes de que acabase el día, podríamos llegar a la ciudad de los krivrs. Pero no iba a ser una cosa fácil... suponiendo que lo consiguiera.

—Tienen que estar por aquí —dijo Dubois, que era el que había pilotado el aparato—. Las indicaciones del detector señalan dos personas. Una de ellas es St. Mark.

—¿Y la otra?

—Khoelia. Las masas orgánicas detectadas no corresponden en modo alguno a pigmeos. Ignoro cómo lo ha hecho, pero tengo la seguridad de que ese tipo ha conseguido rescatarla de sus secuestradores.

—Bien, entonces será cosa de buscarlos. Ya sabes lo que hemos de hacer con St. Mark. En cuanto a la chica, la devolveremos a su pueblo..., pero bajo las condiciones que nos han señalado debemos imponerle.

—Lo sé de sobras, Farlan.

Volví la cabeza un instante. Los ojos de Khoelia estaban a un palmo de los míos. La vi muy seria, casi temerosa.

Mire de nuevo hacia el suelo. Los esbirros se habían separado un tanto. Aunque llevaban sus pistolas, no las habían sacado aún de la funda. Era un tanto a mi favor, pero no definitivo, claro.

De los dos individuos, el más peligroso era Dubois por su astucia, pero consideré que era preciso eliminar primero a Smith. Aun sin armas, era muy capaz de derrotarme en una lucha cuerpo a cuerpo. Por tanto, tenía que atacarle cuando lo viese desprevenido. Después...

Súbitamente, Smith se detuvo al pie del árbol en que nos hallábamos. Dubois se había alejado una veintena de metros y estaba al otro lado del aeromóvil, vuelto de espaldas hacia nosotros.

Entonces, me dejé caer de las alturas. Mis pies chocaron contra su cuello, entre los hombros. Era un impacto de ochenta y cinco kilos, que caían de cinco metros de altura. Smith gruñó y se desplomó al suelo sin sentido.

Yo rodé por la hierba, pero me puse en pie instantáneamente. Al ruido, Dubois se volvió y sus ojos se encontraron con los míos.

Una turbia sonrisa distendió sus delgados labios. Repentinamente, sacó su pistola.

Me agaché, a la vez que saltaba en sentido lateral. Dubois siguió mis movimientos con el arma y apretó el gatillo en el momento menos conveniente. La descarga de rayos fundentes fue parada por el aeromóvil, del que se desprendió en el acto un violento fogonazo.

Dubois se quedó aturdido al darse cuenta del error cometido. Yo maldije entre dientes, pero mi interés se había concentrado en la derrota del sujeto. Ya no cabía la menor duda de que Dubois quería matarme.

De repente, se oyó un agudo grito:

—¡Eh!

Dubois volvió la cabeza hacia su izquierda. Khoelia se había bajado del árbol y corría velozmente, a la vez que movía los brazos como aspas de molino. La atención del esbirro se distrajo unos instantes, a causa de la inesperada aparición de la joven. Fue suficiente para que yo le alcanzase en un par de saltos y lo dejase seco de un derechazo al mentón.

Khoelia se detuvo.

—¿Está bien, señor St. Mark? —preguntó.

—Perfectamente —dije—. Debo darle las gracias, señora...

—Ese tipo quería matarle. Pensé que mi obligación era ayudarle —contestó ella.

Me apoderé de la pistola de Dubois y luego desarmé a Smith, quien seguía inconsciente. El cuello le iba a doler mucho cuando se despertase.

Con ojos lacrimosos, miré la motocicleta aeromóvil. En el costado derecho se veía un boquete como mi cabeza. Aquel trasto no servía ya ni para la chatarra.

—No lo lamente, señor St. Mark —dijo Khoelia—. Hemos perdido el aeromóvil, pero usted salvó la vida.

Hice un gesto de aquiescencia.

—Pero hoy mismo podríamos haber llegado a su pueblo...

—Bah, eso no tiene importancia —contestó ella desenvueltamente—. No es que no vayan a echarme de me-

nos, pero los asuntos políticos pueden pasarse sin mis decisiones perfectamente. Aunque tengo poder de decisión en ciertos aspectos, no hay sin embargo, nada pendiente que necesite mi presencia allí con urgencia.

—Sí, pero a mí no me' seduce en absoluto la perspectiva de caminar cuatrocientos kilómetros —refunfuñé—. Bien, de todos modos, ahora lo que más nos conviene es inutilizar a estos dos sujetos.

—Buscaré lianas —dijo ella.

Le entregué mi cuchillo. Yo debía quedarme vigilando a los esbirros. Pero sólo despertaron después de bien atados, en especial, Smith, debido a su colosal fuerza física.

Smith intentó romper sus ligaduras y bramó enfurecidamente al ver que le resultaba imposible. Lo conseguiría, .por supuesto, pero nosotros ya estaríamos lejos de su alcance. Y, además, teníamos las armas.

—Os habéis dado prisa —dije—. He llegado hoy...

—Ayer —puntualizó Dubois—. Alguien nos dijo que en la carga de la astronave faltaba un cajón de aperos de labranza. Entonces supimos la treta empleada para llegar hasta aquí.

Me acaricié el mentón con gesto pensativo.

—Jacques, estoy por decir que la WOPAEC ha enviado una buena tropa de gente para eliminarme —comenté.

—Es cierto —admitió el sujeto sin pestañear—. Como no sabíamos el lugar donde habías aterrizado, nos dividimos en varias parejas, a fin de explorar el terreno en todas direcciones.

—Esa gente sabe gastarse el dinero. Pero antes os oí hablar de Khoelia...

—Sabíamos que los pigmeos la habían secuestrado. El detector de masas orgánicas nos indicó la presencia de otra persona. Por la intensidad de las señales, dedujimos que podía tratarse de ella. Nosotros también queríamos rescatarla.

—Gracias, pero el señor St. Mark ha llegado antes —dijo Khoelia fríamente.

—Señora, con respecto a usted, nuestras intenciones son buenas —declaró Dubois—. A nuestra compañía no le interesa en absoluto el T-E. Eso es algo que no puede

decir su acompañante. Y si no me cree... pregúntele, pregúntele —concluyó el esbirro con una risita.

Sí, era hombre de ingenio. Ahora ya no podía ocultar los motivos de mi estancia en Phoebus I. Empecé a considerar mi misión como fracasada.

—Se lo preguntaré, descuide —contestó Khoelia—. Y aunque puedo anticiparle que no conseguirá lo que busca, de todos modos, estoy a su lado. Al menos, él no es un asesino a sueldo.

Dubois torció el gesto. Khoelia, entonces, se volvió hacia mí.

—Señor St. Mark, creo que deberíamos continuar el camino —dijo.

—Sí, señora.

Smith nos dedicó unas cuantas lindezas. Yo le saqué la lengua. No lo iban a pasar bien; eran tipos poco habituados a la vida al aire libre y menos aún a moverse en determinados ambientes.

Durante unos minutos, Khoelia y yo nos movimos en silencio. Al cabo de un buen rato, ella dijo:

—De modo que ha venido a buscar T-E.

—Ya no hay motivos para ocultar la verdad de mi viaje a Phoebus I —respondí—. Pero si me permite contarle la verdad...

—Puede hablar todo lo que guste, pero le diré una cosa: no le daré ni un solo gramo de T-E. Ese mineral es nuestro y no queremos exportarlo. ¿Está claro?

Era inútil entrar en discusiones. Tiempo habría para persuadirla de la conveniencia de acceder a nuestras peticiones, Cuando convenía, yo también soy muy persuasivo.

Durante largos minutos, le hablé de la WOPAEC. y del monopolio que tenía sobre las fuentes de energía de la Tierra. Lo que había empezado como un servicio público, dirigido por unos particulares, vine a decir, se había convertido en una intolerable opresión, cuando la compañía se desarrolló y empezó a tomar auge. La unión de todos los pueblos y naciones de la Tierra bajo un solo gobierno, no había hecho sino facilitar las cosas a la todopoderosa WOPAEC. Suprimidas las fronteras, los tentáculos de la compañía no habían encontrado el menor obstáculo para alcanzar los más remotos lugares del planeta.

Khoelia me escuchó con toda atención, aunque no pareció muy impresionada por mis argumentos.

—Lo lamento por ustedes, pero yo tengo poder de decisión sobre el T-E. y, créame, no permitiré que se lleve un solo gramo —dijo con acento que parecía dejar zanjada toda discusión sobre el particular.

Durante los cuatro días siguientes, la marcha se realizó sin encontrar excesivas dificultades. A media mañana del quinto día, cuando ya habíamos recorrido algo más de cien kilómetros, nos encontramos de repente con un obstáculo infranqueable.

El río corría a más de doscientos metros de profundidad, en el fondo de un angostísimo cañón, de paredes rocosas, un gigantesco tajo hecho en la corteza de Phoebus I, y del que no se podía ver el principio ni el fin. Aunque la anchura no era superior a los cincuenta metros, aquel obstáculo resultaba imposible de franquear.

En alguna parte, sin embargo, debía de haber un punto por el que acceder a la orilla del río. No obstante, se trataba de una corriente muy caudalosa y yo dudaba que en muchos kilómetros se pudiera pasar a nado. Lo peor de todo era que nuestro sentido de dirección era completamente perpendicular al río. Cualquier desviación, en un sentido u otro, nos obligaría a dar un rodeo enorme.

Durante unos minutos, contemplé la turbulenta corriente que se agitaba con espumeantes ondas a doscientos metros de distancia. La velocidad de las aguas daba vértigo. En algunos puntos, sobresalían enormes rocas, contra las que un choque resultaría inevitablemente fatal.

Entonces, Khoelia lanzó un grito:

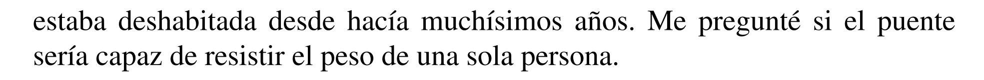
—¡Allí! ¡Mire!

A unos dos kilómetros de distancia, en un punto donde el cañón hacía un recodo, se veía algo que lo atravesaba de lado a lado. Parecía un puente, aunque la distancia impedía apreciar más detalles.

—Vamos —dijo ella, agarrándome por un brazo.

Khoelia corría velozmente, tanto o más que yo. Era una chica robusta, muy fuerte, lo que no menguaba en modo alguno su esbeltez. En menos de un cuarto de hora, nos vimos a la entrada de un viejísimo puente construido con tablas y lianas.

'El aspecto era deplorable. Quedaban vagos rastros de un sendero que conducía al puente, pero resultaba fuera de toda duda que aquella región



estaba deshabitada desde hacía muchísimos años. Me pregunté si el puente sería capaz de resistir el peso de una sola persona.

—Yo cruzaré en primer lugar —me ofrecí.

—No, lo haré yo —dijo Khoelia resueltamente—. Mi peso es menor y de este modo, veremos la resistencia del puente,

—Pero...

—Usted está en mi planeta —cortó la joven con frialdad—. Cuando yo vaya a la Tierra, si es que voy algún día, obedeceré las órdenes de las personas con autoridad. Ahora le toca a usted obedecer las mías. ¿Lo ha comprendido, señor St. Mark?

—Mi deber consiste...

—A usted no le dijeron nada de salvar mi vida ni cuidar de mí. Le dieron otra clase de órdenes, pero, claro, esto no tiene que ver en absoluto con la actual situación. Siga aquí hasta que yo haya pasado al otro lado. ¿Entendido?

—Sí, señora —dije, conteniendo difícilmente mi enojo.

Khoelia puso el pie en el primer tablón del suelo del puente, agarrándose con ambas manos a las lianas que hacían de barandilla. Avanzó un paso, luego dos... Soplaba algo de viento y el puente se balanceaba de un modo que daba vértigo.

Ella avanzó lentamente. Una vez se desprendió uno de los tablones y cayó, revoloteando como hoja seca, hasta sumergirse en el río, cuyo rumor llegaba muy atenuado hasta el borde del- cañón, dada la distancia. Al mirarla, cuando ya había llegado a la mitad de la travesía, me pareció ver una araña balanceándose en uno de los hilos de su tela.

Pero el puente resistió y Khoelia consiguió pasar al otro lado. Al poner el pie en tierra firme, se volvió hacia mí y gritó:

—¡Señor St. Mark, siento mucho lo que voy a hacer! No le guardo ningún resentimiento personal, pero, créame, es mi deber.

Antes de que pudiera captar de un modo total el sentido de sus palabras, Khoelia desenfundó la pistola de rayos fundentes y quemó el extremo del puente.

* * *

En Phoebus I había animales feroces, aunque hasta aquel momento habíamos tenido la suerte de no tropezamos con ninguno. Pero, a prevención,, yo le había enseñado el manejo del arma y le había dado una de las capturadas a los esbirros de la WOPAEC.

El puente ondeó como un látigo y acabó chocando contra el muro en cuyo borde me encontraba yo. Entonces comprendí la insistencia de Khoelia en pasar la primera al otro lado.

Khoelia lanzó una alegre carcajada.

—¡Buena suerte, señor St. Mark! —se despidió.

Segundos más tarde, había desaparecido entre la espesura. Y yo estaba allí, solo, perdido en una región desconocida y, lo que era aún peor, habiendo dado a conocer mis intenciones con la ingenuidad propia de un niño de pocos años.

Por supuesto, la soledad en una comarca salvaje no me asustaba, pero sí me daba cuenta de la magnitud de mi derrota. Tarde o temprano, llegaría a la capital de Phoebus I, y ya sólo me quedaría el recurso de tomar el pasaje de vuelta a la Tierra. Mi fracaso era absoluto, sin paliativos.

Me pregunté si no estaría Khoelia de acuerdo con la WOPAEC. Cabía la posibilidad, por supuesto, pero esto, de ser cierto, me ponía las cosas todavía más difíciles.

Porque, a pesar de las circunstancias, no me daba por vencido.

De repente, oí unas burlonas carcajadas a mis espaldas.

Giré en redondo, enormemente asombrado de no estar solo en aquellos parajes. Mi sorpresa fue mayor al darme cuenta de que, contra lo que había creído en los primeros instantes, no eran Dubois ni Smith los que se burlaban de mí.

Por supuesto, también eran miembros del digamos Servicio Secreto de la WOPAEC. Smith y Dubois no me habían mentido al decir que habían llegado un batallón de sicarios, dispuestos a impedir que llevase a la Tierra un solo gramo de T-E. En lo cual, desde luego, estaban plenamente de acuerdo con Khoelia.

Por regla general, los esbirros de la WOPAEC, aparte de inteligentes, solían ser tipos fornidos y robustos, bien entrenados en toda clase de combate. Pero, además, Buck Mann y Hans Wettermeyer, que tales eran sus nombres, estaban armados con sendas pistolas de rayos fundentes.

Y ya las tenían en las manos, mientras que la mía seguía en su funda.

—Es una chica lista —comentó el teutón.

—¿Está de acuerdo con vosotros? —pregunté.

—No, pero nos gusta mucho su actitud.

Con el rabillo del ojo, pude apreciar que detrás de los dos tipos estaba la motocicleta aeromóvil que les había servido para llegar hasta aquel lugar. El aparato, absolutamente silencioso, había permitido una aproximación fácil, sin que yo me diera cuenta de su presencia hasta el último instante.

—¿A vosotros? —dije—. ¿Os gusta lo que hace Khoelia? Os pagan por decir eso y otras tonterías semejantes, pero si encontraseis a alguien que os diese más dinero, traicionaríais a la WOPAEC sin el menor escrúpulo de conciencia.

Mann se encogió de hombros.

—Lo creas o no, somos fieles a quien nos paga —contestó—. Y si estás insinuando que el gobierno podría darnos más dinero, pierdes el tiempo.

Miré las pistolas. Aquellos dos tipos iban a conseguir lo que Dubois y Smith no habían conseguido. Y ahora no tenía a Khoelia para ayudarme.

—Bien, ¿a qué esperáis para disparar? —dije, desafiante.

Wettermeyer soltó una risita.

—Ese espectáculo está ya muy visto —declaró.

—Queremos ver algo más interesante —añadió Mann.

La pistola de Wettermeyer se movió un poco.

—Acércate al borde y salta —ordenó. -

La sangre se me heló en las venas al comprender las intenciones de aquellos desalmados. Ver arder vivo a un hombre no era, por lo visto, tan divertido, como contemplar su caída desde doscientos metros de altura.

—No dirás que somos tan malos —rió Mann—. Las probabilidades de supervivencia son mínimas, de acuerdo, pero hay algunas. —También agitó su pistola—. En cambio, si disparo este cacharrito, morirás en el acto.

—Vamos, camino ya —gruñó Wettermeyer.

Me acerqué al borde. Sentí un escalofrío al contemplar el río turbulento que bramaba allá abajo. Por muy profundo que fuese, tan sólo el choque acabaría conmigo instantáneamente. En el mejor de los casos, perdería el sentido y moriría ahogado.

El puente cortado estaba casi a mis pies, agitándose levemente, como si tuviera vida propia. Tal vez...

Escuché pasos a mi espalda. Mann se acercaba traidoramente. Me volví justo cuando iba a pegarme el empellón funesto.

El instinto me hizo saltar a un lado. Mann, fallado el golpe, trastabilló hacia adelante.

Chilló horriblemente. Durante un segundo, que pareció un siglo, se esforzó por mantener el equilibrio. Pero el impulso que había tomado resultó ser demasiado fuerte y acabó por saltar al vacío.

Su grito se alejó raudamente, mientras descendía al encuentro de las aguas tumultuosas. Wettermeyer, atónito, me contemplaba con ojos incrédulos, como si se sintiese incapaz de tomar una decisión después de lo ocurrido.

De súbito, lanzó un agudo grito de rabia y me apuntó con la pistola. Inesperadamente, se oyeron unos tenues silbidos.

Un horripilante alarido se escapó de la garganta de Wettermeyer, cuando una veintena de flechas convirtieron su espalda en un acerico. Yo salté a un' lado, a fin de evitar una descarga hecha involuntariamente, en una sacudida convulsiva. Pero Wettermeyer cayó de bruces, sin haber apretado el gatillo del arma.

Entonces fue . cuando vi el grupo de pigmeos, los hombres diminutos a quienes Khoelia había motejado despectivamente de kovors, esto es, impuros. Los pigmeos salían de la espesura y se acercaban a mí, formando un amplio semicírculo, silenciosamente amenazadores. Yo empecé a preguntarme si no había eludido un peligro para caer en otro aún peor.

* * *

—¡Espera! —grité desesperadamente—. Al menos, deja que me defienda. Tengo derecho a exponer mis razones, creo. Y yo podía haber matado al menos a media docena de tus hombres, pero me limité simplemente a golpearlos. Aunque tal vez les causé mucho daño, todos siguieron con vida. Si

liberé a la mujer, cosa que admito, fue porque la vi prisionera y pensé que se la llevaban a alguna parte para realizar un sacrificio. Pero no "maté a ninguno de los tuyos, insisto.

—Nosotros no pensábamos matarla a ella. Simplemente, queríamos obligarla a... Pero eso no te importa, extranjero.

—Entonces, ¿no admites mis disculpas?

Recorrí con la vista los rostros de los pigmeos. En ninguno de ellos vi la menor señal de simpatía.

Empecé a rezar.

Los arcos que usaban los pigmeos, según pude apreciar, eran muy cortos, menos de medio metro, pero de enorme potencia. Las flechas que había clavadas en la espalda de Wettermeyer parecían poco mayores que simples plumas de escribir.

Levanté la mano derecha.

—Paz —dije—. He venido en son de paz...

—Estás mintiendo —exclamó el que parecía ser el jefe de los kovors—. Hace días nos atacaste y causaste daños a algunos de nosotros.

—Bueno, pero yo no sabía entonces que. . Sin embargo, ahora me habéis salvado la vida.

—Nosotros no permitimos que otros ejecuten castigos que sólo a nosotros compete aplicar.

Me quedé helado.

En el ataque a Wettermeyer no había habido altruismo de ninguna clase. Los pigmeos, simplemente, no querían que otros ejecutasen una sentencia que ellos ya habían dictado contra mí.

—E...entonces, ¿vais a matarme?

El jefe asintió, ceñudo.

—Interferiste nuestros planes, liberando a la persona a quien más odiamos — declaró—. Por eso te hemos condenado a muerte.

CAPITULO VIII

El instinto, sin embargo, me hizo presentir los motivos del rapto de Khoelia. Decidí realizar un nuevo intento.

—Jefe...

—Me llamo Drycoon —exclamo el pigmeo orgullosa-mente.

—Mi nombre es Alban. —No quise añadir el apellido, estimé que no era necesario—. Drycoon, antes de que tus hombres disparen sus flechas, desearía hacerte una pregunta.

—Hazla —accedió el jefe fríamente.

—Los krivrs...

Drycoon me interrumpió coléricamente:

—¡Nosotros somos los puros! ¡Ellos son los impuros! —gritó—. Mira nuestra piel, nuestros ojos... Re: cuerda el color de la piel de esa inmunda mujer y di ahora cuál de las dos razas es la verdaderamente pura.

—Vosotros, por supuesto —me apresuré a contestar. No era el momento de entrar en discusiones sobre temas raciales, aunque ya me imaginaba que el asunto tenía mucho que ver en la cuestión de la enemistad entre krivrs y kovors, además del tamaño corporal—. Vosotros sois los puros y ellos los impuros. Te ruego me disculpes el error, jefe Drycoon.

—Está bien —cortó el hombrecillo, impaciente.—. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Necesitáis T-E.?

Los ojos de Drycoon se abrieron desmesuradamente.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Estuve a punto de responderle: «Elemental, querido

Watson», como en las novelas de Sherlock Holmes, pero me contuve.

—Drycoon, aquí, los nativos, no usan el dinero apenas. Para los intercambios, emplean mercancías. Por tanto, no podíais pedir un rescate monetario por Khoelia.

—Cierto —admitió el pigmeo.

—Pero Khoelia posee algo que es infinitamente más valioso que el oro. Vosotros lo necesitáis, pero carecéis de ese mineral. ¿Me equivoco?

—Has dicho la verdad, Alban.

—Muy bien —dije—. Perdóname la vida y haré todos los posibles para que dispongáis de la cantidad de T-E. suficiente para vuestras necesidades.

Drycoon sonrió desdeñosamente. •

—¿Tú, un hombre solo, vas a conseguir lo que nosotros no hemos logrado en muchísimos años?

—En mi mundo también se necesita esa sustancia. Por eso estoy yo en Phoebus I.

—No se puede decir que hayas tenido éxito hasta el momento, Alban.

—¡Caramba, soy recién llegado, como quien dice! —protesté—. Cuando me enviaron aquí, nunca pensé que conseguiría el T-E. a los cinco minutos de haberme apeado de la astronave en que viajé.

—No veo la forma en que puedas conseguir...

—Déjame actuar y te prometo que tendrás T-E... ¿Cuánto necesitáis?

Drycoon se inclinó. Con la punta de la flecha que tenía en la mano, trazó en el suelo un cuadrado de, aproximadamente, un metro de' lado. Luego señaló la altura extendiendo el brazo casi horizontalmente.

—Ya —dije—. Más o menos, un metro cúbico.

—Sí.

—Tendrás el T-E. Pero no será cosa de un día.

Los ojos de Drycoon se entornaron.

—Debo admitir que actuaste contra nosotros sin conocer el conflicto que nos separa de los impuros y que, además, no causaste ninguna muerte entre mis hombres. Por tanto, la sentencia queda en suspenso, pero no cancelada. ¿Has entendido?

—Sí, lo comprendo —respondí.

—Estudiaré un plazo para que consigas tus propósitos. Si fracasas, morirás. Y luego declararemos la guerra a los impuros. Ya no podemos vivir por más tiempo sin el T-E. Queremos convertirnos en seres civilizados y abandonar esta existencia semisalvaje. ¿Lo has entendido?

—Desde luego.

—Sin embargo, algunas de tus afirmaciones son parcialmente inexactas. Hace mucho tiempo, conseguimos robar una pequeña cantidad de T-E., pero resulta insuficiente. Los puros somos más de lo que aparentamos a primera vista. Nuestras mujeres son muy prolíficas y el número de nacimientos es muy elevado al cabo del año.

Sí, era un problema de supervivencia... y realmente, yo sentía mucha simpatía hacia aquellos hombrecillos que querían abandonar su estado de semisalvajismo y convertirse en seres civilizados.

—De modo que tenéis una pequeña cantidad de T-E. —dije.

—En efecto.

—Jefe Drycoon, me gustaría conocer la forma en que aprovecháis las cualidades del T-E. ¿Puedo ir a tu pueblo?

Drycoon hizo un gesto con la mano. Uno de los pigmeos se acercó a nosotros.

—Kott, acompaña al terrestre —ordenó.

—Está bien, pero la distancia es grande...

Señalé el aeromóvil.

—Podemos llegar antes de que oscurezca —dije.

En la cara de Kott apareció un leve temor al pensar que tendría que elevarse en el aire. No obstante, supo dominar sus aprensiones.

—Trata de conseguir el T-E. —insistió Drycoon, cuando ya estaba ¡unto a la motocicleta aeromóvil—. De lo contrario, tú morirás., y nosotros exterminaremos al pueblo de los impuros. Todos los puros nos estamos congregando para la batalla definitiva. ¿Lo has entendido?

Hice un gesto de asentimiento. En Phoebus 1 no había más que dos razas inteligentes. Y si estallaba la guerra, las consecuencias podrían ser funestas, no sólo por la enorme cantidad de muertes que se producirían, sino porque el

odio, que hasta entonces no había tomado dimensiones considerables, seguiría envenenando las relaciones de los dos pueblos durante largos siglos.

Di el contacto y el silencioso motor del aeromóvil se puso en marcha. Muy nervioso, Kott se agarró al cinturón de mis pantalones. Tiré suavemente del manillar hacia mi pecho y la motocicleta se elevó con cierta lentitud.

El manillar servía para los cambios de rumbo, tanto horizontal como vertical. La velocidad se graduaba con un sencillo pedal. Pisé poco a poco, a fin de conseguir que Kott se habituase a aquel nuevo método de transporte, tan distinto de sus pequeñas pero resistentes piernas.

Cuando llegarnos a los ochenta kilómetros por hora, un parabrisas transparente se desplegó automáticamente. Así pude alcanzar los ciento veinte kilómetros por hora, máxima velocidad que se podía conseguir con una motocicleta aérea.

Al caer la tarde, llegamos al pueblo de los pigmeos.

Estaba en la ladera de una enorme montaña, de pendientes muy suaves y abundante en vegetación. Kott, ya tranquilo, me dijo que había varios pueblos de pigmeos, pero que Drycoon era el jefe de todos ellos, por elección de los que tenían más de dieciséis años de edad. En uno de los extremos, divisé una humareda blanca. Kott dijo que allí tenían la instalación que aprovechaba el T-E. como combustible.

Las casas, de un solo piso, eran de losas de piedra, hábilmente ensambladas, y formaban largas hileras en la ladera, unidas por calles que formaban escalones. En realidad era una sola calle, que componía una larga teoría de eses de ramas paralelas. Por supuesto, había escaleras que enlazaban cada calle superior con la inferior.

El espectáculo resultaba agradable, porque no había una sola casa pegada a la otra. Salvo los lugares por donde se caminaba, había hierba y arbustos con flores. un riachuelo de abundante caudal corría al pie de la hierba de la ladera. Había pigmeos bañándose en los remansos, todos desnudos, mezclados ambos sexos, sin que ello causara ninguna perturbación debido a la naturalidad de su comportamiento.

Nosotros dimos un buen espectáculo al llegar por los aires. Aunque los pigmeos habían tenido contacto con los terrestres, nuestras relaciones se habían desarrollado preferentemente con los habitantes del pueblo de Khoéiia. El aeromóvil, sin embargo, no motivó excesivas aglomeraciones ni agobios de curiosos en torno a nosotros.

Tomé tierra junto a la casa de Kott, cuyos padres salieron a recibirnos con gran afabilidad. Debido a que era ya un poco tarde, decidí aplazar mi visita hasta la central de energía para el día siguiente.

Naturalmente, no entré en casa de Kott, debido a la exigüidad de sus dimensiones, adecuadas a una raza cuya estatura máxima no pasaba de los ciento treinta centímetros. Pero el tiempo era excelente y no me importó pasar al raso una noche más.

Al día siguiente, por !a mañana, Kott me condujo a la central.

El aprovechamiento que hacían del T-E. era mínimo y las instalaciones muy rudimentarias. A decir verdad, el vapor que producía el calor desprendido por el T-E. se aprovechaba exclusivamente para bombear agua al punto más alto y hacerla descender luego a las casas, por medio de gravedad y a través de tuberías construidas con barro cocido.

—Pero nosotros queremos electricidad —dijo Kott.

Sí, querían vivir mejor y tenían derecho a ello. Es fácil hablar de la idílica vida de los seres humanos en estado salvaje, sin el poder contaminante de la civilización tecnológica; pero cuando se tiene un verdadero contacto con esa clase de vida, las cosas se ven de modo muy distinto. Y no quiero seguir con disquisiciones, porque este tema es marginal en mi relato y no merece la pena ahondar en él. Los pigmeos querían vivir mejor, eso era todo.

En cuanto a la instalación de energía a base del T-E. en sí misma, resultaba algo muy parecido a aquellas viejas máquinas fijas de vapor, que en el siglo xix y aun en el xx movían aserraderos y factorías de diversas clases. Una fuente de calor generaba vapor de agua y éste hacía funcionar la máquina que, a su vez, bombeaba agua a los depósitos elevados, así de sencillo.

Lo único que -no acababa de entender era cómo habían conseguido hacer el vacío en el interior de la pieza cerrada que debía contener el T-E., porque, como es sabido, era la condición *sine qua non* para que el T-E. generase calor.

Kott me lo explicó sucintamente: una caja de metal, construida en una forja rudimentaria y dividida en dos mitades idénticas, unidas luego por pernos y con una junta de un material flexible, inorgánico, una especie de asbesto elaborado por ellos mismos.

El vacío, no completo, pero aun así, el T-E. producía energía térmica, en cuanto se hallaba a menor presión de la atmósfera normal, lo habían hecho de la forma más simple que uno pudiera imaginar: un aparato, semejante a una bomba para inflar neumáticos, aunque, lógicamente, funcionaba al revés, para

extraer el aire. Una vez sellado el orificio por donde se había hecho un vacío no total, pero suficiente para sus necesidades, la unidad había sido sumergida en la caldera que debía producir vapor.

Pero pensaba lo mismo que su jefe:

Cuando terminé de examinar aquella central térmica, hice unas cuantas preguntas a Kott. Era un individuo muy comprensivo y abierto, y me respondió sin vacilar, con entera franqueza.

—O nos dan T-E. o habrá guerra —afirmó rotundamente—. De hecho, ya se han producido algunas escaramuzas...

—Y habéis intentado secuestrar a Khoelia, cosa que, tal vez lamentablemente, impedí yo.

—Tú no podías saber lo que sucedía —contestó Kott—. Pero hubiera sido un buen medio para evitar el conflicto.

—Tal vez se pueda evitar todavía —dije. Me horrorizaba la idea de miles y miles de seres humanos de dos razas, enzarzados en una lucha a muerte.

—Me gustaría saber cómo...

—Hablaré en persona con Khoelia. Y conseguir el T-E. no será fácil, te lo vaticino desde aquí, porque no es ella la única que no quiere permitir que yo tome algunas cantidades de esa sustancia.

Me volví hacia Kott.

—¿Has estado alguna vez en el pueblo de los... impuros?

—Sí. Todos nosotros hemos estado, al menos, una vez y durante un año. ,

—¿Cómo?

—¿Es que no lo sabías? Todo hombre de nuestra raza debe ir a trabajar durante un año a las minas donde se produce el T-E. Hubo un tiempo, pero yo no había nacido aún, en que lo hacíamos gustosamente. Luego, las cosas empezaron a cambiar y los impuros nos forzaron a ir con amenazas de destrucción y muerte. Cedimos, para evitar dolor a nuestras mujeres, pero ha llegado ya un momento en que no queremos seguir sometidos por más tiempo a los hombres de piel oscura. Sobre todo, porque ellos se aprovechan de nuestro trabajo y no quieren compartir con nosotros los beneficios del T-E. Por eso, cuando todos los puros nos hayamos reunido, y nuestro número sea

muy superior al de los impuros, les lanzaremos un ultimátum: T-E. o guerra a muerte. Tendrán que ceder.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que cederán?

—Porque nosotros somos los únicos que conocemos la forma de extraer el T-E. Y sabemos que ellos quieren negociar con ese mineral. Pero ¿qué harán cuando se les hayan acabado las existencias actuales? No querrán volver a la vida salvaje... y, si hay T-E. para todos, estimamos que es justo repartirlo de modo que todos podamos disfrutar de su beneficiosa acción.

De pronto, me di cuenta de un detalle: en la aldea sólo había visto mujeres, niños y hombres de edad avanzada. Excepto Kott, no había otro hombre joven en aquel lugar.

Kott adivinó mis pensamientos:

—Sí, todos los puros, con capacidad suficiente para sostener Un arma, están reuniéndose para dar la batalla. De esta aldea han salido unos mil quinientos... y hay unas cuarenta aldeas más, cada una de las cuales ha proporcionado un número de combatientes aproximadamente igual.

—Unos sesenta mil guerreros —dije, estremeciéndome de pavor.

—En efecto —corroboró Kott, impasible.

En un instante tomé mi decisión:

—Kott, es preciso evitar la guerra. Yo voy a viajar al pueblo de Khoelia. ¿Te sientes con ánimos para acompañarme?

—Estoy dispuesto —contestó el pigmeo con toda tranquilidad.

CAPITULO IX

Desde el aire podíamos ver las columnas de pigmeos que avanzaban lenta, pero tenazmente, en dirección al lugar donde debía reunirse la masa general de ataque. Las armas consistían principalmente en arcos y flechas, pero, a juzgar por lo que había tenido ocasión de ver cuando Wettermeyer se disponía a matarme, los pigmeos tenían grandes probabilidades de acabar consiguiendo la victoria. Aunque no lo lograrían a un precio barato en vidas.

De pronto, cuando llevábamos ya una hora de viaje, vi a lo lejos un vivo fogonazo.

En aquellos momentos, volábamos a unos doscientos metros de altura. El instinto me hizo empujar el manillar hacia adelante. La motocicleta bajó con suavidad, hasta situarse a ras de las copas de los árboles.

Los fogonazos se repitieron. Ahora ya no me cabía la menor duda: alguien le estaba dando gusto al dedo, con una pistola de rayos fundentes. En algunos puntos, se elevaban columnas de humo, procedentes del incendio de árboles alcanzados por aquellas descargas.

Yo bajé más todavía. Ahora nos deslizábamos sinuosamente entre los árboles, a fin de evitar ser vistos por el tipo que usaba su pistola fundente y del que ya no me cabía la menor duda utilizaba un vehículo semejante al mío.

De pronto, nos encontramos con un numeroso grupo de pigmeos. Al vernos, apuntaron hacia nosotros sus arcos, pero la rápida acción de Kott, poniéndose en pie detrás de mí, agarrado con la mano izquierda al cuello de mi cazadora, evitó un desastre,

—Es amigo —dijo.

Paré la motocicleta. Unos cuantos pigmeos se nos acercaron, verdaderamente furiosos.

—Dos terrestres nos atacan continuamente con sus pistolas de rayos —dijo uno de ellos.

—Nuestros arcos rio tienen fuerza suficiente para que las flechas lleguen a herirlos —añadió otro.

A lo lejos vi varios fogonazos más.

—Ríen cuando ven arder a uno de los nuestros... El ataque nos pilló por

sorpresa y, aunque no pudimos evitar unas cuantas bajas, conseguimos dispersarnos. Pero en cuanto ven a uno de nosotros, lo abrasan vivo —añadió el primero que había hablado.

—Son terrestres, no cabe duda —contesté yo—. Sin duda se han puesto de parte de Khoelia.

—Ahora, la guerra es inevitable...

—Todavía se puede evitar —dije—. Aunque, lógicamente, es preciso castigar a esos desalmados y de esa labor me encargaré yo. Kott, será mejor que te bajes.

—Déjame seguir contigo —pidió el pigmeo—. También tengo una cuenta que ajustar con esos forajidos.

Le entregué mi pistola de rayos.

—Toma, pero no dispares hasta que te lo ordene.

—Está bien.

—Tus amigos deberán continuar aquí, hasta que les avisemos que ya ha pasado el peligro.

Y ya no hablé más. Pisé el acelerador y la motocicleta se puso nuevamente en marcha.

Segundos más tarde, divisamos el otro aeromóvil. Estaba tripulado por dos sujetos, ambos armados con sendas pistolas fundentes. La motocicleta se hallaba a unos ciento veinte metros de altura, nivel suficiente para que las flechas de los pigmeos no pudieran alcanzarles.

El aparato se movía lentamente. Sus ocupantes tenían la vista fija en el suelo. De vez en cuando, lanzaban una descarga. Ni siquiera se habían apercibido de nuestra presencia.

De pronto, giraron en redondo, dándonos la espalda, para disparar nuevamente contra la tierra. Un par de árboles estallaron en el acto en llamas.

Era el momento adecuado.

—Agárrate bien, Kott —dije.

Pisé el acelerador a fondo, a la vez que tiraba del manillar hacia mi pecho. La motocicleta ascendió a toda velocidad, en un ángulo de 45 grados. Los

terrestres no nos habían visto aún.

Kott no tuvo necesidad de disparar su pistola. Cuando los forajidos quisieron darse cuenta, era ya tarde. Yo me situé junto a su motocicleta, por la popa, y, aprovechando la inercia, alargué el pie y golpeé fuertemente el costado del aparato.

La máquina se desequilibró bruscamente, mientras yo iniciaba un cerrado viraje, a fin de separarme de aquellos dos sujetos. Pero no era necesario que nos alejásemos demasiado.

Al perder el equilibrio, la motocicleta «volcó» casi por completo. Sus dos ocupantes, desprevenidos, cayeron desde más de cien metros de altura. Kott y yo escuchamos unos gritos desesperados, pero muy breves. El aparato, sin gobierno, cayó también y se hizo pedazos al chocar contra el suelo.

Abajo, entre los árboles, se oyó un clamoreo de alegría. Kott me dio un par de palmadas en la espalda.

—¡Alban, eres un tío grande! —exclamó jovialmente.

Los pigmeos nos saludaron desde el suelo. Viré nuevamente y volvimos al rumbo primitivo.

* * *

Al atardecer, detuve la motocicleta en el lindero de un espeso bosque. El pueblo de Khoelia estaba a menos de dos kilómetros de distancia.

Con los prismáticos de mi equipo de supervivencia, exploré el panorama palmo a palmo. En realidad, no era un pueblo, sino una ciudad, con aspecto infinitamente mejor que el poblado de los pigmeos que yo conocía. Al otro lado, divisé una colosal montaña, que se extendía hasta cubrir el horizonte casi por completo.

Aquella montaña poseía una curiosa peculiaridad. La ladera que miraba a la ciudad, era tremendamente escarpada, inaccesible salvo para alpinistas muy entrenados. Era como un inmenso paredón de roca, que en algunos puntos superaba los mil quinientos metros de altura, con una longitud que no bajaría de los cuatro kilómetros. Aunque había arbolado en la cima, la ladera, sin embargo, aparecía absolutamente desnuda de vegetación.

A la izquierda, pero muy lejos, estaba la llanura donde se había instalado el astropuerto. Los edificios eran muy parecidos, apenas sin diferencias entre unos y otros. Vi algunas humaredas blancas, lo que me hizo saber la

existencia de algunas centrales de energía. Las luces empezaban ya a nacerse visibles. El T-E. proporcionaba electricidad al pueblo de Kholia.

Yo tenía la vista fija, casi morbosamente, en aquella pared casi vertical, por la que solamente hombres de extremada agilidad, corno eran los pigmeos, podían trepar a los orificios de los túneles abiertos en la montaña y de la que se extraía el T-E. Se comprendía que los nativos de piel oscura no quisieran correr semejantes riesgos.

Los mineros debían de haber cesado ya en su trabajo, porque no se veía a ninguno en la ladera. Kott me señaló un enorme edificio, de una sola planta, situado en un extremo de la ciudad.

—Los encierran allí, una vez terminada la jornada —indicó.

Luego me señaló la residencia de Khoelia, un edificio aislado" situado en la cumbre de una pequeña loma y rodeado de árboles. De pronto, vi descender frente al edificio una pequeña nave. Era como un automóvil grande, casi una furgoneta de carga. Dos hombres se apearon del vehículo y, tras abrir una compuerta, extrajeron un bulto de forma cúbica y de paredes metálicas. Inmediatamente, penetraron en la casa, desapareciendo de mi vista en contados segundos.

Pero aquel breve espacio de tiempo había sido suficiente para que yo reconociese a uno de ellos.

—¡Jackson McPayn! —exclamé, sin poder contenerme en aquellos momentos.

—¿Quién es ese sujeto? —preguntó Kott.

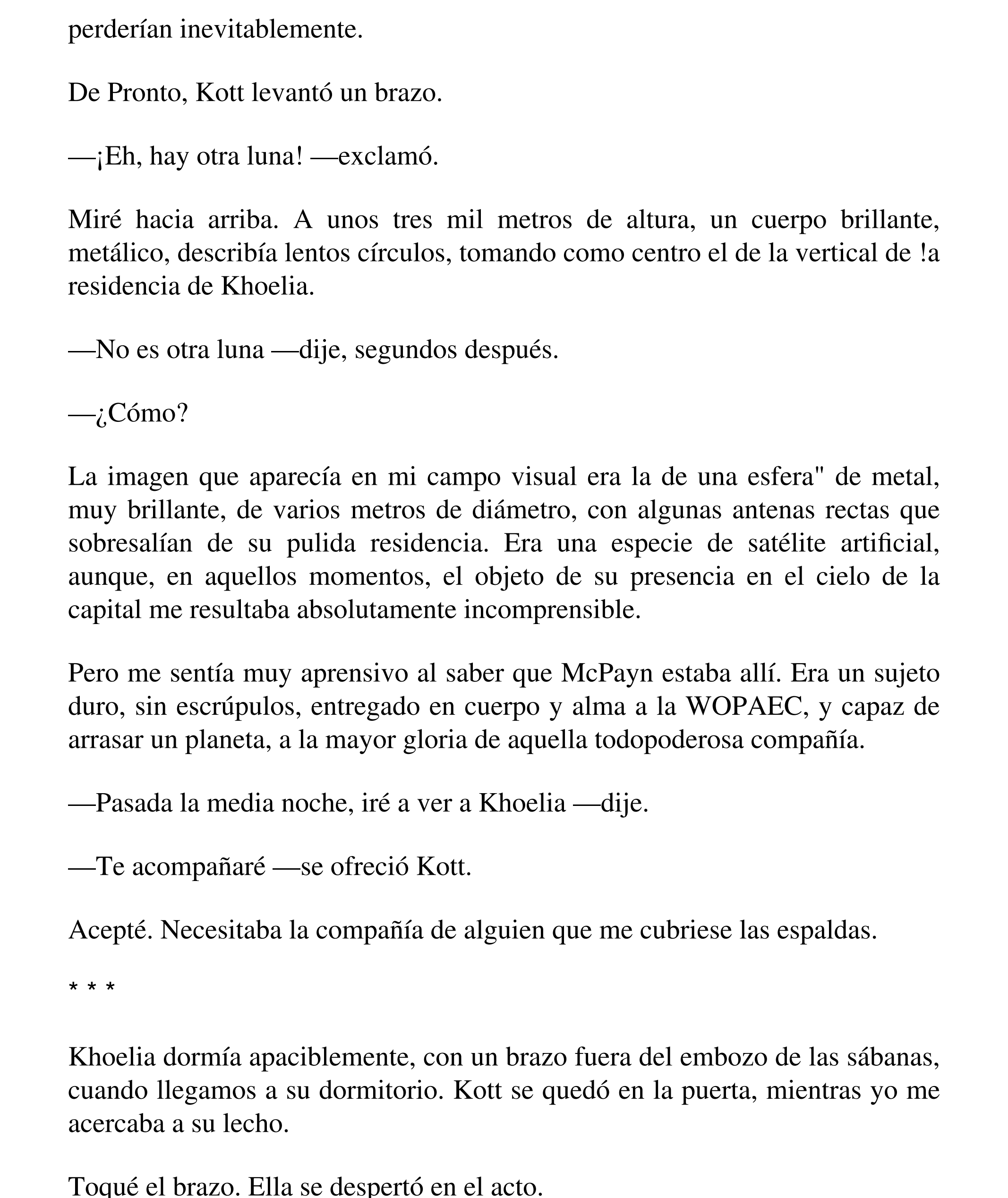
—El jefe de Seguridad de la WOPAEC —contesté.

—¿Es importante?

—Mucho. En la WOPAEC deben de conceder gran importancia a este asunto, para haber enviado a un personaje de tanto rango a Phoebus.

—Ha entrado en la residencia de la Protectora —dijo Kott, que tenía una vista excepcionalmente aguda.

La noche caía con rapidez. Yo reflexionaba acerca de la forma mejor de ponerme en contacto con Khoelia. Tenía la seguridad de convencerla para que accediese a mis deseos. A ella, pensé, también le convenía evitar una guerra, cuyo final, aunque victorioso, no resultaría grato, a causa de las vidas que se



perderían inevitablemente.

De Pronto, Kott levantó un brazo.

—¡Eh, hay otra luna! —exclamó.

Miré hacia arriba. A unos tres mil metros de altura, un cuerpo brillante, metálico, describía lentos círculos, tomando como centro el de la vertical de !a residencia de Khoelia.

—No es otra luna —dije, segundos después.

—¿Cómo?

La imagen que aparecía en mi campo visual era la de una esfera" de metal, muy brillante, de varios metros de diámetro, con algunas antenas rectas que sobresalían de su pulida residencia. Era una especie de satélite artificial, aunque, en aquellos momentos, el objeto de su presencia en el cielo de la capital me resultaba absolutamente incomprensible.

Pero me sentía muy aprensivo al saber que McPayn estaba allí. Era un sujeto duro, sin escrúpulos, entregado en cuerpo y alma a la WOPAEC, y capaz de arrasar un planeta, a la mayor gloria de aquella todopoderosa compañía.

—Pasada la media noche, iré a ver a Khoelia —dije.

—Te acompañaré —se ofreció Kott.

Acepté. Necesitaba la compañía de alguien que me cubriese las espaldas.

* * *

Khoelia dormía apaciblemente, con un brazo fuera del embozo de las sábanas, cuando llegamos a su dormitorio. Kott se quedó en la puerta, mientras yo me acercaba a su lecho.

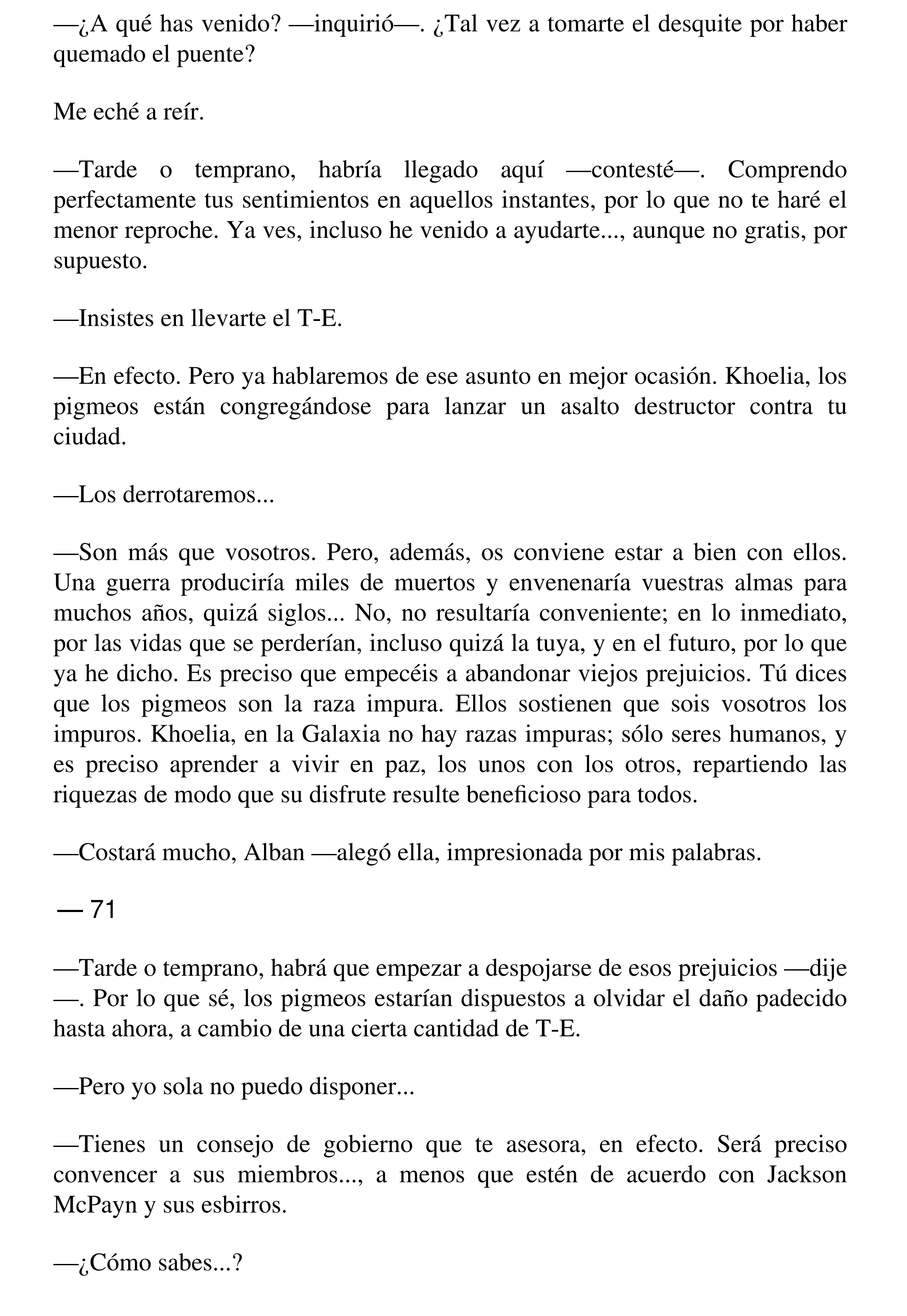
Toqué el brazo. Ella se despertó en el acto.

—No grites.

Los ojos de Khoelia se abrieron desmesuradamente.

—Tú...

—Sí, el mismo. Por favor, no alces la voz.



Ella se sentó en la cama, con el pecho cubierto por la sábana.

—¿A qué has venido? —inquirió—. ¿Tal vez a tomarte el desquite por haber quemado el puente?

Me eché a reír.

—Tarde o temprano, habría llegado aquí —contesté—. Comprendo perfectamente tus sentimientos en aquellos instantes, por lo que no te haré el menor reproche. Ya ves, incluso he venido a ayudarte..., aunque no gratis, por supuesto.

—Insistes en llevarte el T-E.

—En efecto. Pero ya hablaremos de ese asunto en mejor ocasión. Khoelia, los pigmeos están congregándose para lanzar un asalto destructor contra tu ciudad.

—Los derrotaremos...

—Son más que vosotros. Pero, además, os conviene estar a bien con ellos. Una guerra produciría miles de muertos y envenenaría vuestras almas para muchos años, quizá siglos... No, no resultaría conveniente; en lo inmediato, por las vidas que se perderían, incluso quizá la tuya, y en el futuro, por lo que ya he dicho. Es preciso que empecéis a abandonar viejos prejuicios. Tú dices que los pigmeos son la raza impura. Ellos sostienen que sois vosotros los impuros. Khoelia, en la Galaxia no hay razas impuras; sólo seres humanos, y es preciso aprender a vivir en paz, los unos con los otros, repartiendo las riquezas de modo que su disfrute resulte beneficioso para todos.

—Costará mucho, Alban —alegó ella, impresionada por mis palabras.

—Tarde o temprano, habrá que empezar a despojarse de esos prejuicios —dije —. Por lo que sé, los pigmeos estarían dispuestos a olvidar el daño padecido hasta ahora, a cambio de una cierta cantidad de T-E.

—Pero yo sola no puedo disponer...

—Tienes un consejo de gobierno que te asesora, en efecto. Será preciso convencer a sus miembros..., a menos que estén de acuerdo con Jackson McPayn y sus esbirros.

—¿Cómo sabes...?

—Vi a McPayn y a otro desembarcar de un aeromóvil, con un cajón de metal, que entraron en esta casa. ¿Para qué es ese cajón?

—Es la medida que emplearán para llevarse el T-E. Quiero decir que el interior mide exactamente un metro cúbico.

Me quedé pasmado de asombro.

—¿Es que ellos quieren llevarse el T-E.? —exclamé.

—Todo el que tenemos en existencia. Decenas de metros cúbicos —respondió Khoelia—. Y lo peor de todo es que no podemos hacer otra cosa que acceder a sus peticiones. De lo contrario, harán explotar la bomba que tienen volando sobre la ciudad y nos exterminarán a todos.

La imagen de la esfera de metal que daba vueltas lentamente en el aire, a tres mil metros de altura, vino en el acto a mi memoria. Y también comprendí inmediatamente los propósitos de los hombres de la WOPAEC.

Puesto que el secreto del T-E. estaba desvelado o poco menos, querían hacerse dueños de todas las existencias del mineral, a fin de continuar disfrutando del monopolio de la energía, que les otorgaba un poder superior al del gobierno de la Tierra.

Si conseguían sus propósitos, la WOPAEC emergería de aquella situación infinitamente más fuerte de lo que era hasta el momento.

Cuando me hube repuesto de la sorpresa, dije:

—Khoelia, durante los días que estuvimos juntos, te conté cuál era nuestro problema. Ahora, el tuyo es muy parecido, con la agravante del riesgo de una guerra inminente, de la que nadie obtendrá beneficios, salvo la WOPAEC. Si te ayudo a solucionar este conflicto, ¿me darás el T-E. que vine a buscar?

Ella, era fácil adivinarlo, estaba muy furiosa por saberse sometida al chantaje de la bomba.

—Sería capaz de darte... una cantidad de T-E. triple, incluso cuádruple de la que puede contener el cajón que está en la sala inmediata —contestó.

—Ah, ese cajón de medida.

—Sí.

—Y si consigo solucionar tus problemas, me darás el cuádruple del tamaño de

ese cajón.

—Cumpliré mi palabra, te lo prometo.

Tomé una de sus manos y la besé intensamente. Khoelia se estremeció.

—Eres muy osado —murmuró.

Pero resultaba evidente que mi gesto la había complacido muchísimo.

—Por favor, vístete —dije, a la vez que me volvía de espaldas.

CAPITULO X

Khoelia se sintió enormemente asombrada al ver a un pigmeo en la antecámara. Yo le dije que era uno de mis mejores amigos y ella, aunque no sin vacilaciones debidas a viejos prejuicios, acabó por darle la mano poco después.

El cajón estaba en una sala contigua. Era de acero, liso completamente en el interior, y con nervaduras exteriores, a fin de conferir rigidez a sus paredes, poco más gruesas que las de un bote de conservas. En una mesa cercana, había unas cuantas muestras de T-E.

Yo me acerqué para contemplar mejor aquel prodigioso mineral, de transparencia casi absoluta y totalmente inofensivo en una atmósfera normal. Sólo cuando la presión resultaba inferior a la décima parte de lo habitual, esto es, unos cien gramos por centímetro cuadrado, en lugar de un kilo, empezaba a generar calor.

En la mesa, había un cuchillo largo, de bordes muy afilados. Khoelia lo tomó y cortó el mineral sin apenas esfuerzo.

—El T-E. es más blando que el plomo y se puede moldear fácilmente en su estado natural —explicó. Separó el trozo cortado y lo puso sobre el bloque del que precedía, el cual recobró su aspecto normal en pocos segundos—. Y, como ves, dos trozos separados pueden unirse por sí solos, formando de nuevo un solo cuerpo. En las minas, basta excavar en los túneles, para que el mineral salga sin la menor dificultad, en trozos nunca menores de diez o doce centímetros cúbicos. Cuando se depositan en un recipiente, van uniéndose en un solo bloque por sí mismos, hasta que el trabajador tiene la cantidad necesaria para poder transportarla por sí mismo después.

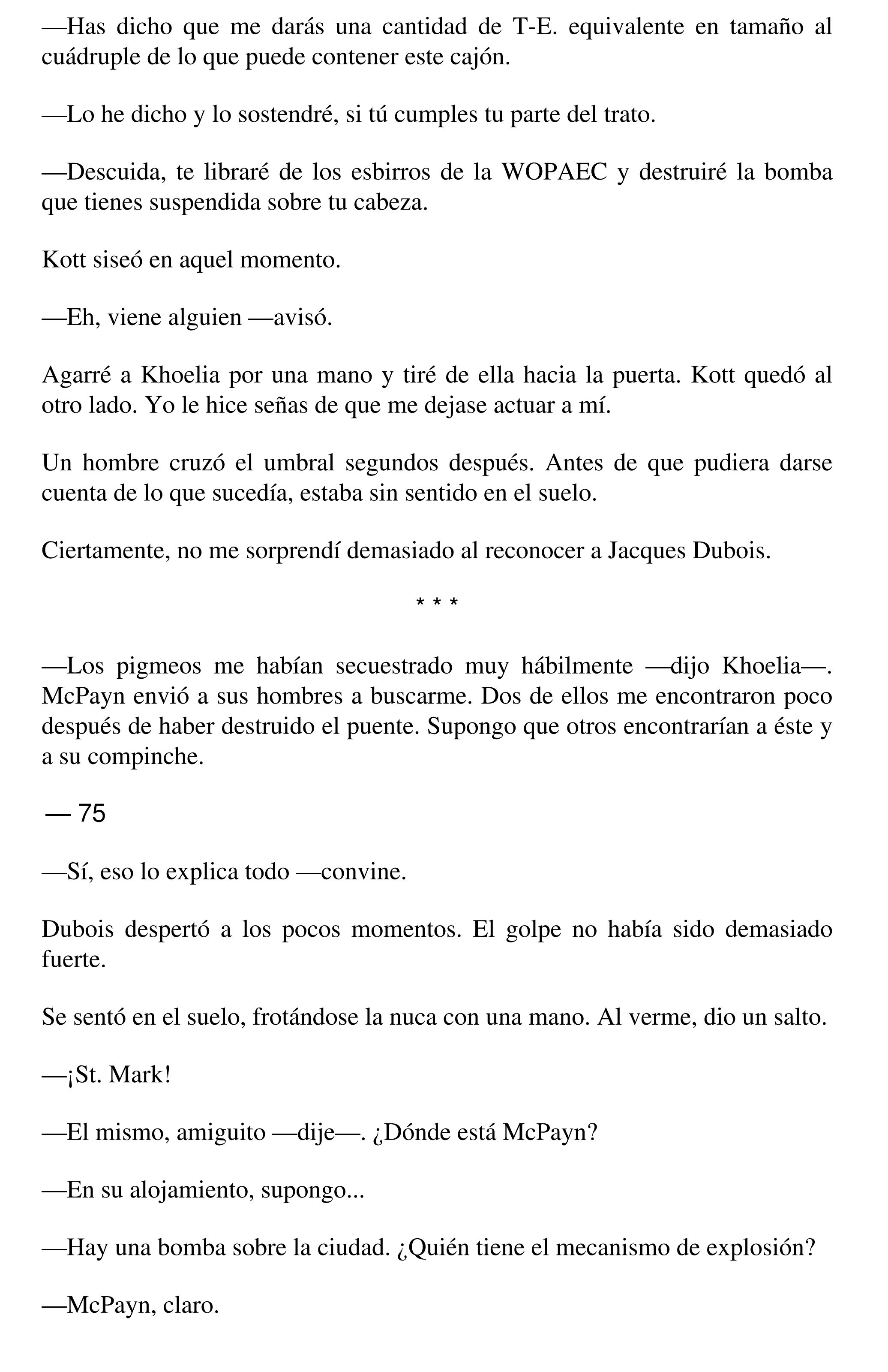
—Entonces, se comprende la utilidad del cajón de medida —dije.

—Sí, porque, como habrás podido ver, una vez medido el metro cúbico de su interior, las paredes laterales son abatibles y la pieza se podrá transportar hasta la nave que ha de llevarlo a la Tierra.

Me acerqué al cajón y lo contemplé durante unos segundos. Kott, atento a la vigilancia, permanecía en la puerta de la sala.

—Khoelia.

—Dime, Alban.



—Has dicho que me darás una cantidad de T-E. equivalente en tamaño al cuádruple de lo que puede contener este cajón.

—Lo he dicho y lo sostendré, si tú cumples tu parte del trato.

—Descuida, te libraré de los esbirros de la WOPAEC y destruiré la bomba que tienes suspendida sobre tu cabeza.

Kott siseó en aquel momento.

—Eh, viene alguien —avisó.

Agarré a Khoelia por una mano y tiré de ella hacia la puerta. Kott quedó al otro lado. Yo le hice señas de que me dejase actuar a mí.

Un hombre cruzó el umbral segundos después. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, estaba sin sentido en el suelo.

Ciertamente, no me sorprendí demasiado al reconocer a Jacques Dubois.

* * *

—Los pigmeos me habían secuestrado muy hábilmente —dijo Khoelia—. McPayn envió a sus hombres a buscarme. Dos de ellos me encontraron poco después de haber destruido el puente. Supongo que otros encontrarían a éste y a su compinche.

—Sí, eso lo explica todo —convine.

Dubois despertó a los pocos momentos. El golpe no había sido demasiado fuerte.

Se sentó en el suelo, frotándose la nuca con una mano. Al verme, dio un salto.

—¡St. Mark!

—El mismo, amiguito —dije—. ¿Dónde está McPayn?

—En su alojamiento, supongo...

—Hay una bomba sobre la ciudad. ¿Quién tiene el mecanismo de explosión?

—McPayn, claro.

—Puede hacerla estallar por control remoto.

—Sí.

—Y, seguramente, tienen dos mandos: uno, para la espoleta de relojería, que le conceda tiempo suficiente para alejarse de la ciudad. El otro, debe ser para una espoleta instantánea, si es que ya se halla fuera del campo de acción de la bomba.

—Sí.

Dubois alzó una mano.

—Pero le advierto una cosa: si intenta quitarle el aparato de control, Jackson tendrá tiempo suficiente de accionar el mando de explosión.

Me eché a reír.

—La explosión le pillaría también a él —dije.

—No, si acciona el control de tiempo.

—Entonces, le mataré. Para Jackson, será lo mismo que si la bomba le explotase en las narices.

—Dudo mucho...

—Amiguito, McPayn es un tipo al que le gusta jugar con ventaja. El no ha puesto la bomba allá arriba para morir matando, si es preciso: a él como a ti, le gusta matar, pero no morir.

—Puede, pero tendrá que quitarle la caja de control y la lleva siempre consigo, incluso cuando duerme.

Kott intervino en aquel instante.

—Alban, ¿me permites que yo me encargue de esa tarea? —solicitó.

Miré al pigmeo fijamente.

—¿Sabrás? —dudé.

Kott se acercó a Dubois, que aún estaba sentado en

él suelo, le agarró por los cabellos y puso un afiladísimo cuchillo en su garganta.

—Tienes diez segundos exactamente para hablar —dijo.

Dubois habló de inmediato.

* * *

Sigiloso como una serpiente, Kott usó la ventana para entrar en el dormitorio de McPayn. El sujeto dormía apaciblemente, boca arriba, con una sábana que le cubría el cuerpo solamente a medias, debido a la benigna temperatura que reinaba en aquellos parajes.

La habitación estaba a oscuras, aunque entraba algo de luz por la ventana. El poderoso torso de McPayn estaba al descubierto y en él se veía una caja negra, sujeta a una cinta elástica, que rodeaba toda su cintura.

Paso a paso, Kott se acercó a la cama. Con una mano, cogió el aparato de control. La otra hizo funcionar el cuchillo con la suavidad de una pluma. McPayn no se enteró siquiera de que le quitaban aquel aparato que le había servido para mantener en un puño a los nativos.

Diez minutos más tarde, la caja de control estaba en mis manos. Desactivé los mecanismos y luego, sonriendo, me volví hacia Khoelia.

—El peligro ha pasado —anuncié.

—Tendrás el T-E. —contestó ella—. Pero todavía no has cumplido tu pacto por completo.

Me volví hacia Kott.

—Busca a los tuyos y anuncia que no habrá guerra y que tendrán varios metros cúbicos de T-E. —dije.

—Eh —protestó Khoelia—, yo no he prometido nada respecto...

—Yo les cederé parte del T-E. que tú vas a entregarme —dije.

—Pero entonces, no podrás llevar a la Tierra los cuatro metros cúbicos que se necesitan. Y yo no estoy dispuesta a entregarte más de lo acordado, Alban.

—Tú me darás exactamente la cantidad acordada. Lo que yo haga con ella no debe preocuparte en absoluto.

Khoelia se encogió de hombros.

—Como gustes —respondió, indiferente.

—Kott, anda a cumplir mi orden —dije.

El pigmeo desapareció casi en el acto. Emplearía mi motocicleta; yo le había enseñado su manejo. Así alcanzaría a Drycoon cuanto antes.

Dubois había quedado a buen recaudo. Ahora sólo faltaba esperar la reacción de McPayn.

* * *

Khoelia y yo desayunábamos juntos, horas más tarde, cuando, súbitamente, McPayn se hizo visible, seguido de dos de sus esbirros. Al verme, las facciones de McPayn se descompusieron.

—¡Has sido tú! —acusó.

—Sí —admití tranquilamente—. Con la anuencia de Khoelia, por supuesto.

—En efecto —corroboró la joven—. Yo acepté los servicios del señor St. Mark y quiero decirle que apruebo incondicionalmente todo lo que ha hecho.

—¡Pero establecimos un trato! —bramó McPayn.

—Lo estableció usted, por la fuerza, y a mí no me quedó otro remedio que aceptar sus condiciones.

McPayn me miró aviesamente.

—No te saldrás con la tuya —amenazó.

Yo tomé tranquilamente un sorbo de café phoebiano.

—Tus bravatas me dejan frío —respondí—. La bomba está arriba, tan inofensiva como una madeja de lana. El consejo de gobierno de Phoebus ha estimado mis argumentos y me ha concedido, como representante del Primer Gobierno de la Tierra, toda la cantidad de T-E. que se necesita para la construcción de centrales que eliminen así el monopolio de la energía por parte de la WOPAEC.

—Es cierto —confirmó Khoelia—. Esta mañana, muy temprano, hablé con mis consejeros, quienes se mostraron de acuerdo y me confirieron, además, plenos poderes para tratar con el representante del gobierno terrestre.

El rostro de McPayn se puso gris. Era el jefe de Seguridad de la todopoderosa WOPAEC. Le habían encomendado una misión, en la que había depositado todas sus esperanzas. Sin duda, había confiado en alcanzar un puesto en el

consejo de directivos.

Pero su fracaso era total. Inutilizada la bomba aérea, la fuerza de coacción de que había dispuesto hasta aquel momento, desaparecía de un modo absoluto.

Sus dientes chirriaron audiblemente. La mano derecha temblaba convulsivamente, muy cerca de la culata de su pistola fundente.

—No toque su arma —avisó Khoelia—. El señor St. Mark es mi huésped y cualquier ataque contra él, sería considerado como un ataque contra uno de nosotros. Señor McPayn, vuelva a su nave y emprenda el regreso a la Tierra. De forma oficial, le comunico que usted y sus ayudantes son personas *non gratas* en Phoebus I.

Hubo un instante de silencio. Luego, sin pronunciar una sola palabra, McPayn dio media vuelta y se marchó, seguido de sus esbirros.

Yo me puse en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó Khoelia, extrañada.

Me volví hacia ella.

—Conozco bien a McPayn —dijo—. Se marchará..., pero no sin antes haber intentado una sucia jugada.

—¿Una venganza?

—Es ferozmente leal a la WOPAEC. No ha conseguido el. T-E., pero hará todos los posibles para que yo no lo lleve a la Tierra —respondí.

—¿Lo crees así?

—Estoy absolutamente seguro. Ah, dime una cosa. Khoelia. ¿Dónde se aloja McPayn?

—Aquí, desde que puso en funcionamiento la bomba aérea. Pero si su amenaza ya no tiene efecto, supongo que se habrá ido al hotel del astropuerto, en donde se hospedaban corrientemente hasta ahora.

—Será cosa de comprobarlo ^-dije—. ¿Vamos, Kott?

—Con mucho gusto —respondió el pigmeo.

Khoelia dio un paso hacia adelante.

—Iré con vosotros...

—No —prohibí secamente—. Tú tienes otras cosas que hacer, empezando por proponer al consejo la abolición de esa especie de servicio de trabajo obligatorio para los congéneres de Kott. No pienso ni por un momento que los prejuicios entre ambas razas vayan a desaparecer de la noche a la mañana —añadí—, pero éste debe ser el primer paso para que haya paz en Phoebus I. ¿Lo has comprendido?

—Sí, Alban. Haré todo lo que esté en mi mano por conseguirlo. Ya lo has oído, Kott.

—Desde luego —respondió el aludido—. Si lo consigues, se habrá evitado la guerra.

—Por ley, tengo derecho de veto sobre ciertas decisiones del consejo de gobierno —declaró Khoelia—. Si se mostrasen contrarios" a mis propuestas, emplearía ese derecho, os lo aseguro.

Hice un gesto de asentimiento.

—En tal caso, puedo vaticinar, sin temor a error, que tu nombre se recordará en Phoebus I por los siglos de los siglos. Kott, ya hemos perdido demasiado tiempo y tenemos mucho trabajo por delante.

El pigmeo y yo abandonamos la residencia, tras comprobar que no quedaban en ella ninguno de los esbirros de la WOPAEC. Incluso Dubois se había marchado.

Pero, tal como había predicho, McPayn no era hombre que se resignase a la derrota con tanta facilidad.

Trataría de atacar nuevamente y procuraría no fallar por segunda vez.

CAPITULO XI

Utilizamos la motocicleta para trasladarnos hasta la bomba aérea que, inmutable, continuaba dando vueltas en torno a una órbita subatmosférica trazada de antemano y que, como ya he dicho, estaba situada sobre la vertical de la residencia de Khoelia. Pero, si la bomba era de tipo nuclear, como sospechaba, sus efectos se extenderían sobre un área que comprendía una vastísima zona. La capital quedaría arrasada instantáneamente, con las consecuencias que son fáciles de imaginar.

La esfera que contenía la bomba era mayor de lo que me había parecido al contemplarla por primera vez. Su diámetro no era inferior a cinco metros, y se comprendía ya que, además de los mecanismos propios de la bomba, debía contar con el generador de antigravedad que la mantenía invariablemente a la misma altura y con una velocidad asimismo invariable. Me pregunté si no habría una especie de sistema de alarma que haría detonar el artefacto en el caso de que alguien quisiera inutilizarlo sin permiso de su constructor.

Una cosa era segura: la WOPAEC había provisto a McPayn de elementos y fondos sin límites. Los directivos de la compañía sabían lo que se jugaban en aquella partida y no estaban dispuestos a la derrota.

Pero McPayn había cometido otro error: el del orgullo. Creyéndome eliminado, se había sentido en absoluta seguridad. Nadie podía oponerse ya a sus planes..., excepto el individuo que, precisamente, no había sido eliminado.

Al cabo de un rato, encontré la escotilla que permitía el acceso al interior de aquella esfera de casi seis metros de diámetro. Un destornillador y unos alicates me bastaron para inutilizar el sistema de ignición.

La bomba era ya un artefacto completamente inofensivo. Pero todavía me quedaba algo por hacer y para ello debía aprovechar el aparato de control remoto que Kott había sabido quitar tan limpiamente a McPayn.

Cuando terminaba aquellas operaciones, escuché un grito de Kott:

—¡Alban, ahí vienen!

Di el último golpe de destornillador y me acerqué a la escotilla. Kott parecía haber nacido con una motocicleta aérea entre las piernas y la gobernaba con pasmosa habilidad. Salté al sillín posterior y cerré la escotilla de un manotazo.

Kott me entregó los prismáticos.

—Vienen dos motocicletas —informó.

Sí, se veían a lo lejos, acercándose a la esfera a toda velocidad. Una vez me hube cerciorado de que eran McPayn y sus esbirros, di a Kott ciertas instrucciones.

—De acuerdo —contestó el pigmeo.

Nosotros nos habíamos situado en el lado opuesto a la dirección de marcha de McPayn y sus secuaces. Esperamos unos minutos tan sólo.

—Ahora —murmuré.

De pronto, Kott hizo saltar hacia adelante su motocicleta. Apareciendo súbitamente ante nuestros adversarios, les dimos el gran susto. A favor de la sorpresa, Kott se dirigió raudamente hacia otro de los aparatos. Sus dos ocupantes, uno de los cuales era Dubois, chillaron agudamente al vernos.

Kott hizo que los dos vehículos chocaran de refilón. Dubois quiso maniobrar, pero lo hizo con tanta brusquedad, que perdió el control de su motocicleta. El aparato se ladeó por completo. Dubois y el otro cayeron al vacío, desde más de tres mil metros de altura, lanzando horribles alaridos de pánico.

Inmediatamente, Kott viró en redondo. McPayn y Farlam Smith se hicieron visibles un segundo después, cuando pasamos al otro lado de la esfera.

McPayn emitió un rugido de cólera

—Tú otra vez, maldito hijo de...

Kott se situó justo frente a la otra, motocicleta. Smith no se encontraba así en buenas condiciones para sacar su pistola fundente. Pero McPayn podía manejar el vehículo con una sola mano y, con la otra, trató de desenfundar el arma.

—En tu lugar, yo no haría eso —dije tranquilamente—. Jackson, sabía que ibas a volver, para intentar una segunda jugarreta, pero la bomba está inutilizada. Sin embargo, el calor desprendido de una de esas descargas, podría provocar la explosión.

—Es una mentira inmunda...

—Vamos, te dejo sacar el arma. Haz la prueba, Jackson. Saca y dispara. Tú eres muy leal a la WOPAEC, pero no hasta el punto de hacerte quemar por la compañía, ¿verdad?

En los ojos de McPayn leí la respuesta. Primero, en algunas cosas, era un completo ignorante. Si disparaba su pistola de rayos fundentes, Kott y yo moriríamos, pero la bomba no estallaría. Segundo, como no sabía si yo decía la verdad, estaba claro que no se sentía dispuesto a morir matando. Como todos los jugadores de ventaja, retrocedía cuando las cartas no eran buenas.

—Voy a hacerte una proposición, en nombre de la Protectora —continué—, en vista de su silencio—. Tú y Farlan Smith dejaréis caer las armas ahora mismo. Permaneceréis bajo arresto, aunque bien tratados, hasta que llegue la astronave de carga de la Tierra. Entonces, se os expulsará del planeta, sin más. ¿Te parece un buen trato, Jackson?

McPayn dudó un instante. De súbito, emitió un salvaje alarido y pisó el acelerador a fondo.

Cometió su tercer error: atacar a un hombre que tenía reflejos de una serpiente. Kott tiró hacia sí del manillar, a la vez que aceleraba brutalmente. La motocicleta de McPayn pasó por debajo de nosotros a toda velocidad.

McPayn intentó corregir la maniobra, pero ya había perdido la iniciativa. Kott viró en un palmo de terreno, aunque la expresión no sea correcta, y se arrojó sobre la otra- motocicleta, alcanzándola en un costado, cuando ya iniciaba su viraje. La proa del aparato chocó contra el hombro derecho de McPayn, expulsándolo de su sillín.

McPayn emitió un alarido horripilante al sentirse lanzado al espacio. Cayó, volteando aparatosamente, moviendo con loco frenesí brazos y piernas, como si quisiera evitar una caída inevitable. La motocicleta, sin piloto, osciló con locos movimientos.

Lleno de pánico, Smith consiguió asirse al manillar y pudo recuperar el dominio del aparato. Pero ahora tenía las dos manos ocupadas y yo le enseñaba mi pistola fundente.

—Lo que dije antes sobre el disparo de rayos que provocaría la explosión es incierto —sonreí—. Farlan, dame tu pistola o te convertiré en humo.

Smith, resignado, obedeció.

—Sigue donde estás —agregué—. Quiero que veas algo.

Presioné una tecla del aparato de control. La esfera salió disparada hacia las alturas, perdiéndose de vista en pocos momentos.

—Es preciso reconocer que McPayn supo instalar un buen motor

antigravitatorio —dije—. Ahora, esa bomba saldrá al espacio y se situará en una órbita que la llevará directamente al sol de Phoebus I. Dentro de unos meses, se producirá una explosión que, en aquella estrella, resultará inapreciable para nosotros. Farlan, voy a darte a elegir entre dos soluciones: morir, ahora mismo, o acompañarnos para que hagas una declaración en regla. Si prefieres la segunda solución, puedo garantizarte la vida, aunque, como dije antes, serás expulsado de Phoebus I para siempre. No le des más vueltas, Farlan; la WOPAEC está derrotada.

El individuo asintió, resignado.

—Lo diré todo —prometió.

—Entonces, pon la proa al suelo —ordené.

Aquella misma tarde, Khoelia me hizo saber la decisión de su consejo de gobierno: una comisión saldría al encuentro de Drycoon, para acordar los términos de un armisticio, que tendría su remate en un posterior tratado de paz.

—Y yo cumpliré lo pactado respecto al T-E. —añadió.

—Mis amigos, los pigmeos, también recibirán su parte de T-E. —dije.

—Por supuesto.

—Ahora vendremos voluntarios a trabajar en las minas —dijo Kott.

Me volví hacia el diminuto hombrecillo.

—Hay algo que no entiendo —exclamé—. Ciertamente, el camino hasta las minas es muy empinado y lleno de riesgos, pero ¿por qué ellos no trabajaron nunca allá arriba?

Kott soltó una risita.

—Creo que es un defecto congénito: los krivrs padecen de vértigo —respondió.

Miré a Khoelia. Estaba muy encarnada.

Yo sonreí, pero no dije nada.

Estaba seguro de que el vértigo congénito había sido una excusa para obligar a los pigmeos a trabajar en las minas. En ocasiones, pensé, era mejor no decir la verdad.

* * *

—Y así, señor Carrados, fue como conseguí el T-E. necesario para la Tierra y, de propina, logré también evitar una guerra —concluyó St. Mark su relato.

—Una historia maravillosa —dije yo, después de mi cuarta taza de café. Todo lo que St. Mark me había contado estaba registrado en mi grabadora. Luego pasaría la grabación a unas cuartillas... y así tendría el reportaje que mi jefe me había encomendado.

Un enorme perro gigante se nos acercó. Yo me atreví a pasarle la mano por el lomo. El can me dio unos cuantos golpes cariñosos con el morro. Luego miré a St. Mark.

—De todas formas, hay algunos puntos oscuros en su narración, que usted no ha mencionado todavía —dije.

—¿Por ejemplo, señor Carrados?

—En primer lugar, aquí se necesitan solamente cuatro metros cúbicos de *T-Energium,* según los cálculos del profesor Me Duff y corroborados más tarde por científicos de gran valía. Pero usted consiguió de Khoelia nada menos que *sesenta y cuatro metros cúbicos.* ¿Cómo se explica eso, señor St. Mark?

Mi interlocutor sonrió maliciosamente.

—Ella me prometió una cantidad cuádruple en tamaño a aquel cajón de medida. Usted lo recuerda bien, me parece.

—Sí, en efecto.

—Bien, tuvo que cumplir su promesa.

—Un momento —exclamé—. Aquel cajón era de un metro cuadrado.

—En efecto.

—Por tanto, el cuádruple de un metro cúbico... son cuatro metros cúbicos.

—Señor Carrados, temo que no ha entendido bien el significado de la frase —dijo St. Mark—. Pero quizá lo entienda mejor con un ejemplo práctico. ¿Cuánto mide usted?

—Pues... alrededor de un metro ochenta.

—¿Y su peso?

—Ochenta y cinco kilos. Estoy algo sobrado de peso —confesé, ligeramente avergonzado.

—Eso no es una deshonra —rió St. Mark—. Puede curarse fácilmente con algo de dieta y un poco de ejercicio moderado... Pero ¿se le ha ocurrido pensar cuánto pesaría usted si midiese el doble de su estatura actual y. lógicamente, su cuerpo se desarrollase proporcional-mente en todos los sentidos?

—Oh, mediría poco más de tres metros y medio... y pesaría alrededor de ciento sesenta o ciento setenta kilos.

—Está usted en un error, amigo Clark, y permítame llamarle por su nombre. Si su tamaño se duplicase, usted pesaría más de seiscientos kilos. Haga números y verá cómo le salen las cuentas.

Me quedé con la boca abierta. St. Mark sonrió, hizo un movimiento con la cabeza y añadió:

—Las palabras volumen y tamaño sirven para designar conceptos análogos, pero no siempre son necesariamente sinónimos de una misma cosa. Veamos, usted va un día a la playa a bañarse y decide pasar un rato flotando en el agua, «haciendo el muerto», como suele decirse vulgarmente. En esos momentos, usted desplaza casi sus ochenta y cinco kilos de peso, lo que significa ochenta y cinco litros de agua, equivalente a otros tantos decímetros cúbicos de volumen. Pero si su estatura y corpulencia aumentaran bruscamente a los tres metros y medio, el desplazamiento de líquido sería superior a los seiscientos decímetros cúbicos, es decir, seiscientos kilos. ¿Lo entiende?

—No mucho. Soy bastante torpe para los números, a decir verdad. De todos modos, le estoy escuchando con verdadero agrado. Siga, se lo ruego.

—Bien, en primer lugar, he de decirle que hice una pequeña trampa... Ah, ¿sabe usted por qué me traje cuarenta metros cúbicos de T-E.? Esto es algo que debemos aclarar antes de seguir adelante.

—Cuarenta metros cúbicos, cuando se necesitan cuatro solamente, me parece un poco exagerado, Alban —dije.

—Sí, pero es preciso pensar un poco en la psicología de las gentes. La noticia de la llegada del T-E. se hubiera divulgado, como realmente se hizo, pero el público habría sabido que yo volvía solamente con la cantidad justa. Cuando se tiene apetito y sólo se dispone de la cantidad justa de comida, el hambre se hace aún mayor. El apetito apremia menos cuando se sabe que sobra la comida.

No pude contener una sonrisa.

—Ahora ya le entiendo —manifesté.

—Y no sólo el público debía saber que había sobradas existencias de T-E., sino también la entonces aún poderosa WOPAEC. Cuatro metros cúbicos, es decir, catorce toneladas de peso, de T-E., podrían haber desaparecido, en un golpe de fortuna lanzado por la compañía. Cuarenta metros cúbicos y ciento cuarenta toneladas de peso, ya no se podían esfumar tan fácilmente. El efecto psicológico de que no habría carencia de *T-Energium* hizo el resto.

—Sí, desde luego, pero ahora, por favor, dígame en qué consistió la trampa que ha citado antes.

St. Mark no pudo continuar. Kott, el pigmeo de Phoebus I, quien, indudablemente había decidido emigrar a la Tierra, para acompañar a un hombre al que apreciaba enormemente, apareció de pronto ante nosotros.

—Alban, tienes visita —anunció.

St. Mark arqueó las cejas.

—Kott, sabes que no...

—Lamento haber provocado tu enojo, pero me ha parecido conveniente decírtelo —cortó el phoebiano—. Tu visitante es Helen Swanlee.

Hubo un instante de silencio. Luego, St. Mark hizo un gesto de asentimiento.

—Ve a recibirla, Kott —accedió finalmente.

CAPITULO XII

La distancia desde la terraza en que nos encontrábamos hasta el gran portón de acceso a la propiedad era casi de dos mil metros. Kott utilizó un carrito eléctrico, con toldo, con el que regresó a los pocos momentos, acompañado de una hermosa mujer.

Helen Swanlee se apeó del carrito y contempló con ojos curiosos a St. Mark. Era una mujer realmente hermosa; a sus treinta y cinco años, tenía el aspecto y el cutis de una jovencita. Vestía un traje de tejido de oro, de una sola pieza, hasta el punto de que los zapatos, de alto tacón, formaban parte del vestido, el que no permitía ver otras partes de su cuerpo que la cabeza y los brazos. Pero, en cambio, era terriblemente ceñido a una silueta con enormes atractivos anatómicos; casi parecía pintado sobre la propia piel de la interesada.

Pendiente del hombro izquierdo, llevaba un amplio bolso a juego. Sí, ciertamente, era una hermosa mujer, pero en sus ojos claros había una expresión de dureza que desvirtuaba no poco su belleza.

—Hola, Alban —dijo, con voz grave y profunda—. Al fin, volvemos a vernos...

—Después de tantos años, en efecto —convino St. Mark, con cortés sonrisa —. Y he de confesar que te encuentro muy atractiva.

—No creo que mis atractivos influyan demasiado en ti... No lo hicieron en el pasado y a estas alturas, sería tonto tratar de seducirte, máxime cuando todo lo que podría conseguir sería nada. Y ya entiendes a qué me refiero, ¿verdad?

St. Mark asintió con leve pestañeo. De pronto, pareció reparar en mí y me miró con la misma indiferencia que contemplaría a una hormiga atrafagada con un grano de trigo.

—¿Quién es, Alban?

—Oh, dispensa... Helen, te presento al señor Carrados, de la Tri-Galactic Magazine & News. Señor Carrados, la señora Swanle, presidente de la WOPAEC.

—Una compañía que se está deshaciendo, como un azucarillo en un vaso de agua —contestó Helen—. Encantada, señor Carrados.

—El gusto es mío, señora —dije. Me volví hacia St. Mark—. Presiento que voy a ser un estorbo en su conversación con la señora Swanle, de modo que si

no le importa, me marcharé...

—Oh, no, no, quédese —exclamó Helen—. Bien mirado, creo que sería conveniente la asistencia de un reportero en nuestra entrevista. De este modo, el señor Carrados podrá dar fe de cuanto digamos y hagamos. ¿No te parece, Alban?

St. Mark hizo un gesto galante con la mano.

—A tu gusto, querida. Pero ¿no estarías mejor sentada? Si te parece, pediré algo de beber...

—Gracias, pero no tengo sed. —Helen se sentó en una silla y cruzó las piernas displicentemente—. Alban, debo reconocer tu victoria —declaró,

—Me encomendaron una misión y la cumplí —respondió él. Disimuladamente, yo había puesto en marcha la grabadora; no quería que se perdiera una sola sílaba de cuanto hablaban aquellos dos singulares personajes —. Pero no resultó fácil, sobre todo, si se tiene en cuenta que seis agentes lo habían intentado antes que yo y que ninguno de ellos ha vuelto a ser visto con vida. Para ser más exactos, de cuatro de ellos no se han tenido siquiera las noticias de su muerte. Pero quizá tú sepas algo sobre el particular, Helen.

Ella se encogió de hombros.

—Comunícate con mi departamento de Seguridad, aunque está a punto de ser disuelto —respondió, indiferente—. Alban, ¿cómo pudiste conseguir una cantidad tan enorme de T-E.? .

—Debe de ser porque resulté muy simpático a los phoebianos —contestó St. Mark—. Pero si quieres saber más detalles, aguarda a que el señor Carrados haya publicado sus reportajes. ¿Querías decirme algo más?

—Alban, hubo un tiempo en que tú y yo...

—Esa época está muy lejana. Podría durar, si tú lo hubieses querido; aún estaríamos juntos, pero, por lo visto, yo era poca cosa para ti. El señor Swanlee, aunque te triplicaba la edad, era una presa mucho más apetitosa. Pero, aun así, era un hombre bastante robusto. ¿Cómo pudo morir tan pronto, cuando hoy las personas viven un mínimo de ciento veinte años?

Helen soltó una risita.

—Esas personas observan una vida morigerada y no cometen cierta clase de excesos, sobre todo, cuando han pasado de la edad de cometerlos... y no

tienen al lado a alguien que les incite a mostrarse ardientes y apasionados.

—Oh, un modo muy hábil de conseguir una apetitosa viudez —convino St. Mark—. Y, además, el dominio, por herencia, sobre la WOPAEC, lo que significa riquezas sin cuento y poder ilimitado. ¿Me equivoco?

—Has dicho la verdad. Pero ese imperio se está desmoronando. Dentro de un año no será más que un recuerdo en la memoria de las gentes.

—Por vuestra culpa, Helen.

—Alban, nosotros...

St. Mark movió la cabeza negativamente.

—A la WOPAEC la perdió la ambición irrefrenable de sus directivos —interrumpió a la bella visitante— Fue creciendo, creciendo... extendiendo sus tentáculos por todas partes, sin que hubiese rincón al que no llegase su poderío. Esto, además de pernicioso para el planeta, era inmoral. Tarde o temprano, la WOPAEC tenía que acabar en una espantosa derrota. Y tú lo sabes aún mejor que yo.

—Lo admito —respondió Helen—, aunque cuando yo llegué a la presidencia, todo estaba ya organizado y yo no" tenía sino que seguir las directrices generales establecidas por mi difunto esposo.

—Pudiste haber recortado algunas de vuestras atribuciones, perdiendo un poco, para conservar mucho. Tenías ' autoridad para ello, pero no lo hiciste así. No culpes a otro de vuestra derrota. A la WOPAEC le sucedió lo mismo que al chiquillo que crece rápidamente. Si no le cambian el traje, sus ropas estallarán un día y se quedará desnudo e indefenso. Eso es lo que os pasó a vosotros, Helen.

—Puede que tengas razón —admitió la visitante con un suspiro—. Desde luego, es preciso admitir que la idea de enviarte hibernado, dentro de un cajón de herramientas para labranza, fue estupenda. MacPyan y sus nombres viajaron en la misma nave y la registraron de proa a popa, pero no consiguieron encontrarte.

—Nos encontramos después —dijo St. Mark intencionadamente—. Pero creo que ya no tenemos mucho más que decirnos. ¿O sí, Helen?

—Sí, Alban: lo que tengo que decirte es que no vas a vivir lo suficiente para disfrutar de tu victoria.

Yo me quedé helado al escuchar aquellas palabras. ¿Qué pretendía aquella mujer?

Helen había abandonado su actitud de pretendida indolencia y estaba erguida en su silla, con la mano izquierda bajo el bolso, como si lo sostuviera para evitar la presión de la correa sobre su hombro izquierdo. El bolso, alargado, tenía su eje mayor en línea con el pecho de St. Mark.

—Tengo aquí una pistola fundente, a la cual he acoplado un mecanismo de disparo, que actúa con la presión de mis dedos en la base del bolso —añadió Helen—. Cuando me interrogue la policía, diré que el arma se me disparó accidentalmente. ¿No es cierto, señor Carrados?

Yo tragué saliva.

—Ejem, ejem... Señora, yo...

—No se preocupe, señor Carrados; todavía me queda dinero suficiente para recompensar principescamente su colaboración —dijo ella, sin mirarme siquiera—. Y ahora, Alban...

Sentí que se me helaba la sangre en las venas. Aquella mujer iba a cometer un asesinato en mis narices. Y yo tendría que seguirle el juego o correr el riesgo de morir también y no de una forma precisamente agradable.

Pero, inesperadamente, St. Mark demostró una vez más que era hombre de recursos inagotables. De repente, los seis canes gigantes de Eggorun XII acudieron trotando y formaron en semicírculo frente a la visitante.

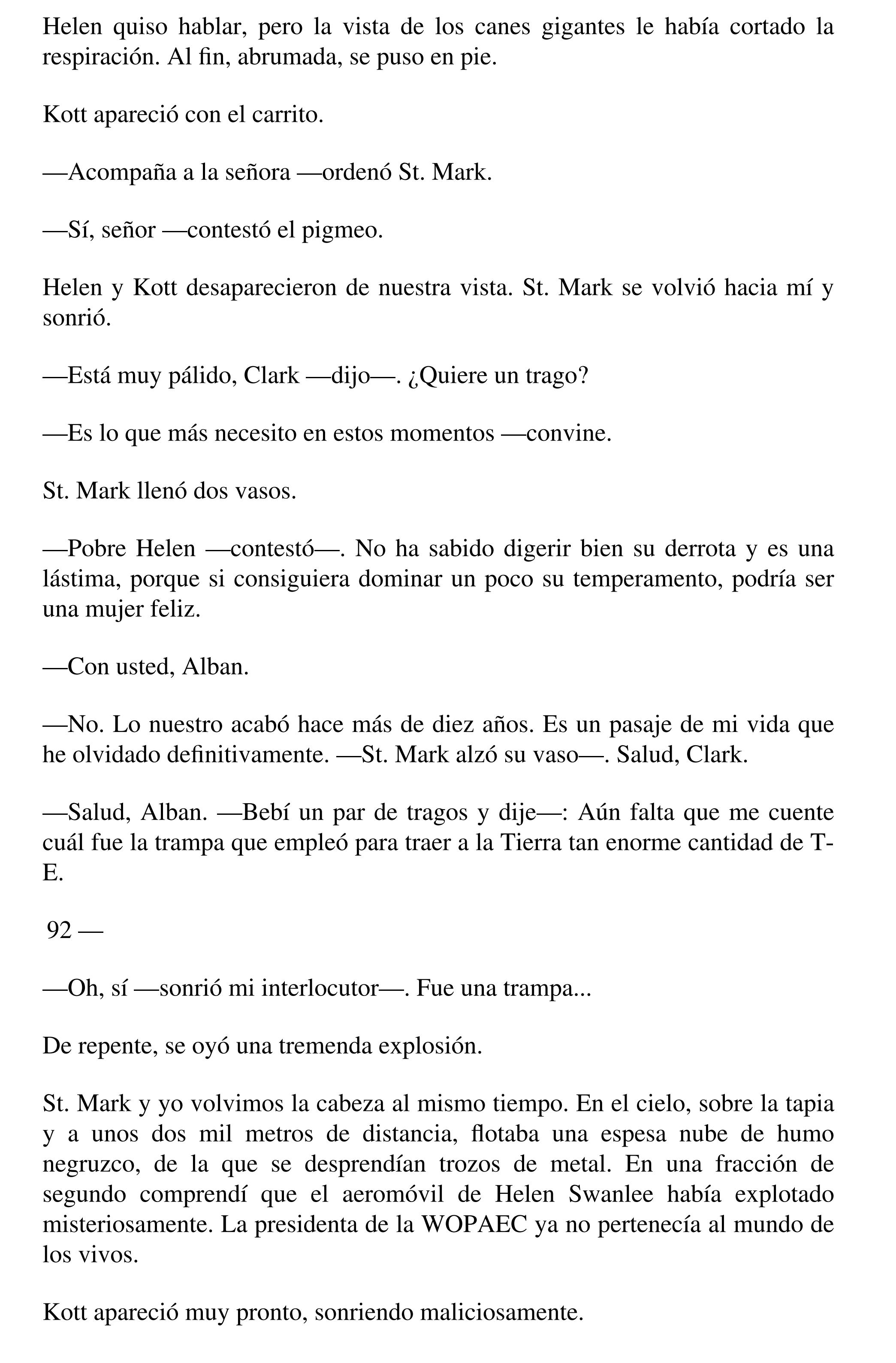
—Helen, puedes disparar si gustas, pero en el momento en que hagas fuego, mis seis perros se arrojarán contra ti y te despedazarán —dijo St. Mark fríamente—. Tal vez mates a uno o dos, o quizá a tres, pero no tendrás tiempo de matarlos a todos. Con uno solo que quede vivo, será suficiente.

Ella palideció espantosamente. Yo sudaba.

Si Helen disparaba y St. Mark moría, ¿quién podía contener después a los canes? También me tomarían a mí por enemigo y...

St. Mark se levantó y tomó el bolso suavemente, sin que Helen hiciera el menor gesto en contra.

—Estás derrotada —dijo—. Vete y olvida este asunto. Aún te queda dinero suficiente para vivir cómodamente, sin agobios. Vete y procura divertirte; eres lo suficientemente joven para iniciar una nueva vida.



Helen quiso hablar, pero la vista de los canes gigantes le había cortado la respiración. Al fin, abrumada, se puso en pie.

Kott apareció con el carrito.

—Acompaña a la señora —ordenó St. Mark.

—Sí, señor —contestó el pigmeo.

Helen y Kott desaparecieron de nuestra vista. St. Mark se volvió hacia mí y sonrió.

—Está muy pálido, Clark —dijo—. ¿Quiere un trago?

—Es lo que más necesito en estos momentos —convine.

St. Mark llenó dos vasos.

—Pobre Helen —contestó—. No ha sabido digerir bien su derrota y es una lástima, porque si consiguiera dominar un poco su temperamento, podría ser una mujer feliz.

—Con usted, Alban.

—No. Lo nuestro acabó hace más de diez años. Es un pasaje de mi vida que he olvidado definitivamente. —St. Mark alzó su vaso—. Salud, Clark.

—Salud, Alban. —Bebí un par de tragos y dije—: Aún falta que me cuente cuál fue la trampa que empleó para traer a la Tierra tan enorme cantidad de T-E.

—Oh, sí —sonrió mi interlocutor—. Fue una trampa...

De repente, se oyó una tremenda explosión.

St. Mark y yo volvimos la cabeza al mismo tiempo. En el cielo, sobre la tapia y a unos dos mil metros de distancia, flotaba una espesa nube de humo negruzco, de la que se desprendían trozos de metal. En una fracción de segundo comprendí que el aeromóvil de Helen Swanlee había explotado misteriosamente. La presidenta de la WOPAEC ya no pertenecía al mundo de los vivos.

Kott apareció muy pronto, sonriendo maliciosamente.

—Traía una bomba de tiempo en el aeromóvil —explicó—. Yo no me fiaba en absoluto de esa mujer, así que registré el vehículo. Y alteré el mecanismo de relojería.

—Pe...pero eso es... es... —tartamudeé.

Kott me miró duramente.

—Defensa propia, señor Carrados —dijo—. Helen estaba dispuesta a lanzar la bomba desde el aire. La había traído consigo, por si fallaba con su pistola de rayos fundentes. Claro que, ¿quién puede probar que yo haya manipulado en la bomba? La policía investigará y llegará a la conclusión de que fue un accidente. ¿No es cierto, Alban?

—Sí, Kott —contestó St. Mark. Estaba muy serio. Lamentaba lo ocurrido, pude verlo en su expresión, pero, al mismo tiempo, se mostraba de acuerdo con las manifestaciones del pigmeo. Y bien mirado, pensé yo, ¿de quién era la culpa sino de la propia señora Swanlee?

La policía vino poco después y aceptó sin reparos las declaraciones del dueño de la finca. Una ambulancia se llevó los destrozados restos de una mujer hermosa, que no había sabido aceptar su derrota. El jardín volvió a quedar tranquilo cuando ya atardecía.

St. Mark y yo volvimos a quedarnos solos.

—Alban, falta el final de su relato —le recordé.

—Oh, sí, la trampa —sonrió él—. Nos habíamos quedado en la aclaración de ciertos conceptos sobre volumen y tamaño, ¿no es así?

—En efecto.

—Bien, Khoelia me había prometido el cuádruple del tamaño de aquel cajón de un metro cúbico.

—Lo cual representaba cuatro metros cúbicos de *T-Energium* —dije.

—Ese fue el error de Khoelia. Como usted, confundió volumen con tamaño. En ocasiones, como he dicho, ambos conceptos son sinónimos, pero hay momentos en que resultan indiferentes. El doble de un metro cúbico de agua, en volumen, son dos metros cúbicos. Pero si se toma como base para el cálculo el recipiente que ha de contener esa cantidad de líquido, ¿qué resultado se obtiene?

—Pues... sigo sin entenderlo. A mí me parece que el resultado tiene que ser dos metros cúbicos... cuatro en el caso del T-E. —contesté, lleno de perplejidad.

—No, no —sonrió St. Mark, con expresión llena de malicia—. Khoelia aceptó el término tamaño y tuvo que resignarse a las consecuencias de su decisión. El tamaño cuádruple de un cajón que mide un metro cúbico, no son cuatro metros, sino sesenta y cuatro..., porque es preciso tener en cuenta que se trata de un cuerpo de tres dimensiones: alto, largo y ancho. ¿O es que no le ha servido para nada el ejemplo de usted, supuestamente alto de tres metros y medio?

Empecé a comprender el problema.

—Sí —continuó St. Mark—. AI hablar del cuádruple de un cajón de un metro cúbico, es preciso tener en cuenta sus tres dimensiones. Ese cajón mide un metro de largo, por otro de ancho y otro de alto. Por tanto, un cajón que tuviese el cuádruple de dicho tamaño, mediría cuatro metros de largo, cuatro de alto y cuatro de ancho. ¿Cuál será el *volumen* de un cajón de esas dimensiones, es decir, de ese *tamaño?*

—Se...sesenta y cuatro metros cúbicos... —tartamudeé.

—Exactamente: La cifra cuatro elevada al cubo. Cuarenta metros cúbicos para, la Tierra y el resto para mis amigos los pigmeos —dijo St. Mark con ancha sonrisa.

Me pasé una mano por la cara. Una trampa verdaderamente ingeniosa.

—Y ella, es decir, Khoelia, tuvo que cumplir su promesa —dije.

—La cumplió, Clark.

—A regañadientes, me imagino.

—Bueno, al principio, protestó un poco. Luego se resignó.

—Está bien, Alban, me ha convencido usted plenamente. Ahora, por favor, acláreme el último punto oscuro de esta historia.

—¿Sí, Clark?

—¿Qué fue de Khoelia?

St. Mark se volvió y silbó. Kott apareció instantáneamente en la puerta que

daba a la terraza.

—Kott, dile a la señora que venga, por favor.

—Está bien.

St. Mark sonrió.

—Kott es ahora una especie de mayordomo —explicó—. No quiso dejarme después de que todo hubo terminado. Claro que no se vino solo; trajo a su mujer y ambos viven aquí, contentos y felices, con nosotros.

—¿Nosotros? —repetí.

—Claro, mi esposa y yo.

Entonces vi a una hermosa mujer que avanzaba hacia la terraza.

Era muy alta, esbelta, de piel canela y ojos verdosos, vestida con una sencilla túnica de color claro. Aunque no había visto jamás a Khoelia Tur-Vnall, supe inmediatamente que era ella.

Y envidié a St. Mark.

Sí, era un hombre digno de envidia, dije para mis adentros.

St. Mark salió al encuentro de su esposa.

—Querida —dijo, tomándola de una mano—, permíteme que te presente a un periodista, que ya es buen amigo.

Citó mi nombre. Yo me incliné para besar la mano de aquella hermosa mujer.

—Encantado de conocerla, señora St. Mark —murmuré.

—Es un placer, señor Carrados —dijo Khoelia.

F I N